

«Puede, por lo tanto, considerarse que, entre las muchas dificultades y entre los muchos enemigos que retardaron el establecimiento definitivo de los españoles en Filipinas, desde 1519, en que las descubrió Magallanes, hasta 1568, en que fundó nuestra dominación Legazpi, el más temible fué Portugal, que, dueño de grandes establecimientos en la India y el Maluco, con próxima base de operaciones y aprestos y facilidad de recursos, hacía objeto de sus ataques las naos castellanas que llegaban á aquellos mares, tras largas y pénosas navegaciones, con escasos medios y con sus gentes diezadas por las enfermedades, dejando sembrada de naufragios la estela de sus buques. Esto no obstante, los españoles pudieron contrabalancear el poderío de los portugueses por medio de alianzas con diversos príncipes indígenas; mas, á pesar de toda su inferioridad respecto de un enemigo afianzado en la tierra y dueño de fuerzas respetables, llegó á ser tan palpable, que, renunciando al Maluco, se decidieron á ocuparse única y exclusivamente de Filipinas.

«Las disensiones entre españoles y portugueses, que, sin interrupción alguna, habían durado más de dos siglos, tuvieron fin en 1750, en virtud del tratado que ajustaron las Cortes de Madrid y de Lisboa, renunciando Portugal á todo derecho y acción que por anteriores pactos ó convenios pudieran corresponderle sobre las Filipinas. No puede, sin embargo, dejarse de consignar un hecho muy significativo para el que estudie y observe con detenimiento las diversas fases de esa lucha empeñadísima entre ambos pueblos: el de que, á pesar de lo claro, preciso y terminante del tratado de 13 de enero de 1750, los Reyes de España y Portugal, al celebrar en San Ildefonso (1.º de octubre de 1777), el de demarcación de límites en la Amé-

rica meridional, consignaron en el artículo 21 la explícita renuncia, por parte de los portugueses, á las Filipinas y Marianas, y á cualquier derecho que pudiera nacer del tratado de Tordesillas de 7 de junio de 1494, ó de las condiciones de la escritura otorgada en Zaragoza el 22 de abril de 1529.

«Sentados estos antecedentes, y retrocediendo al año 1519, haremos á continuación una ligera reseña de las cinco expediciones de que queda hecha mención.

*
*
*

«Primera expedición, ó de Magallanes. —Salió Magallanes de Sevilla con cinco naos montadas por 234 hombres, y abastecidas de víveres para dos años, el 10 de agosto de 1519. Después de un motín en que fué asesinado el maestre de una de las naos, por lo que se mandó quitar la vida á dos de los principales fautores y se abandonó en tierra á otros dos, descubrió en 1.º de noviembre de 1520 el estrecho á que dió su nombre, desde cuya boca se le desertó y volvió á España una nao; de modo que, habiéndosele perdido otra dentro del mismo estrecho, quedó reducida su armada á sólo tres, con las cuales siguió en demanda del Maluco, surcando el espacioso mar del Sur, desconocido hasta entonces de los europeos. Tras muchos días de próspera navegación, se halló á la vista del archipiélago filipino, que, por haberlo descubierto en sábado de la Dominica de Pasión, llamó archipiélago de San Lázaro.

«El día de Pascua Florida desembarcó en Butuan, pueblo de la isla de Mindanao, donde se celebró la primer misa que se dijo en Filipinas. De aquí pasó á Cebú, cuyo reyezuelo Amabar, con su familia y otras muchas gentes, recibieron el agua del bautismo y se reconocieron vasallos del Emperador. Finalmente, habiendo

sido desafiado por el reyezuelo de Mactan, enemigo de Amabar, fué á buscarlo con 50 españoles; pero, recibido por 2,000 isleños, después de una reñida pelea y herido de un flechazo, murió con otros seis que no quisieron abandonarlo, y los demás tuvieron que ponerse en salvo.

»Esta desgracia hizo cambiar la actitud de Amabar, quien preparó un falso convite, en el que fué asesinado Serrano, sucesor de Magallanes, con otros 24 compañeros suyos. Juan Caraballo, elegido general de la armada por los que habían quedado, quemó una nao por falta de gente, y sin vengar los agravios recibidos, se dirigió hacia el Maluco, verdadero objeto de la expedición.

»El 8 de noviembre de 1521 llegó á Tidor, donde fué muy bien recibido y compró la cantidad de clavo necesaria; de manera que para el 21 de diciembre tenían las dos naos cargadas de esta especie. Decidió que cada nao hiciese distinta derrota; y él, que debía dirigirse á América, habiendo tenido que arribar otra vez al Maluco, fué apresado por los portugueses, mientras que Juan Sebastián de Elcano, que mandaba la nao *Victoria*, se fué por el cabo de Buena Esperanza, y después de haber perdido mucha gente entró en Sanlúcar de Barrameda el 7 setiembre de 1522, siendo así el primero que tuvo la gloria de dar la vuelta al mundo.

*
* *
*

»Segunda expedición, ó de Loaisa.
—Animado el Emperador por el éxito de la primera expedición, mandó preparar otra, que se hizo á la vela en la Coruña (junio de 1524) á las órdenes del comendador Fr. García Jofre de Loaisa, caballero del hábito de San Juan. Componíase de siete naves vizcaínas, á cargo de los

capitanes más distinguidos, entre los cuales se contaban Juan Sebastián de Elcano y Andrés de Urdaneta, que más tarde había de profesar en la Orden de los Agustinos, y servir de guía á la expedición que el célebre Legazpi condujo á las islas Filipinas. Cruzó la armada el estrecho de Magallanes, entrando el 28 de mayo de 1525 en el mar del Sur; y después de haberse dispersado algunas naves por efecto de un violentísimo huracán, experimentó el contratiempo de que falleciese su General, que fué sustituido en el mando, según las instrucciones del Emperador, por Juan Sebastián de Elcano. Desgraciadamente, éste no sobrevivió mucho á su predecesor, y le sucedió Toribio Alonso de Salazar, quien después de haber tocado en varios puntos del Pacífico y en la isla de Guaján (Marianas), descubierta ya por Magallanes, llegó el 8 de octubre al archipiélago, que luego se llamó *filipino*, recalando por los 8° de latitud á la costa oriental de Mindanao, probablemente al puerto de Liangan, unos 3° más al Sur que Magallanes, el cual entró por el estrecho de Surigao. Muerto durante la travesía el capitán Salazar, fué reemplazado por Martín Iníguez de Carquizano, saliendo el 15 del mismo mes con dirección á la isla de Cebú; pero, impulsada la armada por el viento hacia las Molucas, dió fondo en Tidor el 31 de diciembre de 1526, en cuyo punto se incorporaron algunas naves de las dispersadas por el huracán que sufrió la expedición á la entrada del mar del Sur, cuyas naves llegaron en el estado más deplorable.

»Sostenía entonces guerra con los portugueses el reyezuelo de Tidor; y como se tratara de un enemigo común, aprovecharon los españoles esta oportunidad, é hicieron alianza con aquél y con el de Gilolo, en contra de Portugal, que tenía representada su dominación en Ternate;

dándose principio á una lucha sostenida con éxito, favorable unas veces y ad-verso otras, por ambas partes.

»En el curso de estos acontecimientos murió el general Martín Iníiguez el 11 de julio de 1527, siendo elegido á votos, por caudillo de las fuerzas castellanas, Hernando de la Torre, que continuó esta interminable batalla, con expediciones y matanzas crueles por parte de los príncipes indígenas, que se hacían la guerra sin piedad á pesar del empeño que, para darle un carácter más humano, ponían los jefes de los partidos cristianos.

*
* *

»Tercera expedición, ó de Álvaro de Saavedra.—Persistente el Emperador en el plan que se había propuesto, se ocupó del modo de realizar una tercera expedición; y calculando que si saliera de un puerto de América habrían de evitarse grandes gastos y peligros, encargó de organizarla al famoso Hernán Cortés, quien, aprestando tres bajeles con 30 cañones, 110 hombres y abundantes provisiones y objetos de cambio, la hizo zarpar del puerto de Siguataneja, el día 31 de octubre de 1527, al mando de Álvaro de Saavedra. Perdidos en la noche del 15 de diciembre, á la altura de las islitas de Gaspar Rico, dos de los bajeles (el *Santiago* y el *Espíritu Santo*), de los cuales nunca más volvió á saberse, siguió su viaje Saavedra en la *Florida*, llegó á las Marianas, tocó en Mindanao para refrescar los víveres, y después de visitar algunos puntos cercanos á Tidor se incorporó en este puerto, el 30 de marzo de 1528, á la nao *Victoria* y á los 120 españoles que restaban de la malograda expedición de Loaisa. Hallábanse éstos encerrados en un fortín que habían construído, y hubieron de recibir á Saa-

vedra como á su libertador; pero, á pesar de este auxilio, que les permitió por dos veces el intento de trasladarse á América, viéndose obligados en una y otra prueba á recogerse á Tidor, después de una interminable serie de luchas y convenios con los portugueses y aun con los reyezuelos indígenas, los últimos restos de las dos expediciones, reducidos á 17 hombres, emprendieron el viaje á Europa con auxilios facilitados por los portugueses.

»Sólo sobrevivían diez de aquéllos, cuando arribaron á Lisboa, entre ellos el célebre Urdaneta, que, no sin grandes trabajos, logró sustraer de la vigilancia de las autoridades los importantes documentos que él redactara y los que le había confiado Hernando de la Torre, entregándolos después al Gobierno de su patria.

*
* *

»Cuarta expedición ó de Villalobos.— Imposible parece que después de tantos desastres, de tantos años transcurridos y tantas víctimas sacrificadas en esta ardua empresa, y á poco del solemne tratado de venta que se llevó á término por el Emperador, se insistiese todavía en continuar la serie de estas expediciones. No se encuentra bien determinada la distinción que se hizo entre las Molucas y las Filipinas con arreglo á los tratados; pero es lo cierto que en consecuencia de órdenes del emperador Carlos V al Virrey de Nueva España, se preparó otra expedición compuesta de tres bajeles mayores y dos menores, que se hizo á la vela en el puerto de Juan Gallego, el primero de noviembre de 1552, á las órdenes de Ruy López de Villalobos, hombre de letras, licenciado en derecho, con órdenes las más estrechas, para que, bajo ningún pretexto, ni por motivo alguno, vi-

sitase el Maluco. Después de una travesía bastante feliz, y cerca ya de las Filipinas, una tempestad dispersó la armada y echó á pique uno de los bajeles menores. Recaló, por fin, á la parte oriental de la isla de Leyte, bahía de Malaja, que acaso fué el mismo sitio donde tocó Magallanes, con ánimo de establecerse en aquella costa; pero la necesidad, la escasez de víveres, y aun pudiera decirse la fatalidad, le llevó á sufrir el mismo destino de las expediciones anteriores; esto es, á caer en poder de los portugueses; suceso que le produjo tan honda tristeza, que dió con ella fin á su vida en Amboina, siendo asistido en los últimos momentos por San Francisco Javier. La muerte de este general consumó la pérdida de aquella expedición, cuyos restos llegaron á España en 1549. Los religiosos de la orden de San Agustín, que formaban parte de ella, se embarcaron para Goa, desde cuyo punto fueron trasladados á la Península, arribando á ésta siete años después de su salida de América.

*
* *

»Quinta expedición ó de Legazpi.—Llegamos, por fin, á la quinta expedición, ó sea la de Legazpi, que dió por resultado el definitivo establecimiento de la dominación española en Filipinas, no interrumpida hasta nuestros días, á pesar de tantas y tan varias contrariedades como sirvieron de obstáculo á tan decidido intento.

»Reinando Felipe II, y de su orden, arrancó esta expedición del puerto de Natividad, el 21 de noviembre de 1564, cuarenta y cinco años después del descubrimiento de Magallanes. Componíase de cinco bajeles de diferentes portes, montados por 400 hombres entre marinos y soldados, é iba su general Le-

gazpi revestido del título de adelantado, con los poderes más amplios, y acompañado del religioso agustino Urdaneta, que había servido el cargo de piloto en viajes anteriores. Estos dos hombres notables, encargados respectivamente del poder civil y militar y del religioso, simbolizan desde este momento histórico el carácter eminentemente humanitario que presidió siempre á esa reducción admirable, cuyo objeto y medios empleados para conseguirla, difieren de cuanto se practicaba en aquella época.

Después de ochenta y cinco días de viaje, durante el cual tocaron en las islas de los Barbados y Marianas, en donde hicieron aguada y adquirieron víveres en cambio de hierro, llegó la armada á las Filipinas el 13 de febrero de 1565, dándole nombre de *Buena Señal* á la isleta de Suluan, y entrando en el archipiélago, como Magallanes, por el estrecho de Surigao, para dar fondo en Cebú el 27 de abril del mismo año.

En esta isla sufrió y resistió Legazpi el último ataque de los portugueses, al mando de Gonzalo Pereyra, capitán mayor de una armada compuesta de tres galeones, dos galeotas, tres fustas y 20 embarcaciones menores, con las cuales, y no sin mediar antes varias conferencias entre ambos sobre la eterna contienda de la demarcación, rompió el fuego diversas veces contra las fortificaciones del campamento castellano; pero cansado, sin duda, y desanimado ante la perseverancia de Legazpi, se retiró, despidiéndose cortesmente, el 22 de diciembre de 1578, á los tres meses de su llegada.

La historia no vuelve á hablar, después de lo referido, de este primer enemigo, que retardó medio siglo el establecimiento de los españoles en Filipinas; pero otros nuevos debían presentarse sucesivamente, determinados por varias causas, entre las cuales figuran, muy

principalmente, las guerras que Felipe II sostenía en Europa contra sus propios estados hereditarios de los Países Bajos y contra la Inglaterra, cuyos corsarios, bien armados y dirigidos, buscaban fácil y rica presa en las naos que mantenían el comercio entre la colonia y la América española, y que eran conductoras del único recurso con que, durante muchos años, se subvenía á las necesidades de su administración.

La confederación de Utrecht contra el Rey de España se hizo sentir en Filipinas, en 1600, por la presencia del corsario Oliverio de North con dos navíos holandeses. El oidor Morga, con algunas embarcaciones preparadas de improviso, lo batió, apresando la almiranta, cuya dotación sufrió en Manila la pena de muerte; pero la capitana española quedó tan maltratada, que se fué á pique con pérdida de 50 hombres, suceso que hizo fácil la huída de North con la capitana enemiga.

En 1609 se presentaron por segunda vez los holandeses con una armada compuesta de cinco navíos, intentando un desembarco en Ilo-Ilo, y viniendo luego á bloquear el puerto de Manila; mas apercibido del hecho el gobernador don Juan de Silva, juntó todas las fuerzas marítimas que pudo, y saliendo de la bahía, acometió á los enemigos con tal éxito que les apresó la capitana y la almiranta y quemó otro navío, obligando á los restantes á buscar su salvación en la fuga, no sin dejar en poder del vencedor todas las naves mercantes que traían apresadas, entre las cuales se hallaba una japonesa, que conducía á su bordo algunos españoles. En este encuentro, y durante la pelea, pereció el general enemigo Francisco Witter.

A pesar del armisticio que por término de doce años se celebró en el de 1609, volvieron en son de guerra por tercera vez los mismos adversarios al archipié-

lago filipino, sin que sus tentativas alcanzasen mejores resultados, puesto que el maestre de campo D. Juan Ronquillo, con siete galeones y dos galeras, trabó un reñido combate el 14 de abril de 1617, en el cual la capitana holandesa, llamada *Sol de Holanda*, junto con otros dos navíos, se fué á pique, huyendo los demás.

Á la espiración del armisticio, en 1621, se renovó la guerra; pero, aparte de algunas disensiones interiores, se llegó sin tropiezo notable al año de 1640, época del apogeo de la colonia filipina. Extendíase entonces su dominio á Joló, Mindanao, islas Molucas y Formosa, al mismo tiempo que á los estrechos de Malaca y á la India portuguesa; crecimiento debido, en mucha parte, á la unión de las coronas de España y Portugal, realizada poco antes.

»Sobrevino, desgraciadamente, durante ese período de esplendor (1640), la independencia de los portugueses, y disgregadas sus fuerzas de las de Castilla, aprovechó Holanda la coyuntura para apoderarse de Malaca y de nuestros fuertes en Formosa; y alentados por este éxito, y con la ayuda de los mahometanos que ya encontró Legazpi en las islas, al fundar la dominación española, nos atacaron en Joló y en Mindanao, si bien en esta última isla fueron rechazados por tres veces en Zamboanga.

»Esta serie de ataques obligó al abandono de todos los presidios que aseguraban las conquistas hechas en el sur, para concentrar las fuerzas disponibles en Manila, donde, como se esperaba, no tardó en presentarse el holandés (1645) con doce navíos, resuelto á destruir nuestro dominio; esperanza que vió frustrada después de varias tentativas inútiles, por varios puntos reiteradas, y de haber sufrido la pérdida de su general en el ataque contra la plaza de Cavite.

»La paz de Westfalia, celebrada en

1648, y el reconocimiento de la Holanda como nación independiente, dió fin á esta terrible contienda, que amenazó más de una vez nuestro poderío en Filipinas.

»Antes de estos sucesos, y á raíz del establecimiento de nuestra dominación en el archipiélago, como quiera que el país estaba poco poblado, y fuera pobre de producciones que pudiesen sostener un comercio algo importante, todo el artificio de la Administración, que no dejaba de ser costosa por ese estado continuo de guerra, consistía en los recursos que producía el comercio de los efectos de China, conducidos en expediciones periódicas por los champanes de aquel imperio á Manila, y el cargamento de la nao que salía todos los años para Acapulco, en Méjico, de donde retornaba con los caudales equivalentes; de manera que siempre estaba en la mar, en su viaje de ida ó vuelta á América, el Tesoro de la colonia. No podían darse condiciones más ventajosas para los corsarios ingleses que las que brindaban estas codiciadas presas, llamadas á caer en sus manos por muchas razones. Las naos, como buques de combate, tenían que ser muy inferiores, puesto que la necesidad de llevar un grande y voluminoso cargamento se oponía á todas las condiciones de estiva y armamento que reunían las del enemigo, preparadas exclusivamente para la guerra. Además de esto, se veían obligadas á efectuar los viajes en épocas fijas, por no permitir otra cosa los mares en que hay monzones, y bien se comprende cuánta había de ser la ventaja de un enemigo mejor pertrechado, y sabedor, sin previo aviso, del tiempo y lugar en que podía acometer á su contrario.

»Es incalculable la suma de valores que los naufragios por una parte, y las presas por otra, hicieron perder á la colonia durante las largas guerras sosteni-

das por Felipe II contra Isabel de Inglaterra y otras posteriores.

»En 1586, el corsario inglés Tomás Candish apresó y quemó cerca de las costas de California, la nao *Santa Ana* y la mayor parte de su rico cargamento, por no tener donde guardarlo. En 1710, durante la guerra de Sucesión, tres navíos ingleses esperaron á nuestras naos sobre las mismas costas; y habiéndolas encontrado separadas, se llevaron la almiranta, cuyo cabo, de origen francés, arrió bandera sin resistencia alguna. No obstante esta defección inesperada, la capitana *Nuestra Señora de Begoña*, con su general D. Francisco de Angulo, volvió por el honor de la bandera española, y con una tripulación escasa y enferma, se defendió de manera tan heroica que hizo retirarse al enemigo muy mal tratado. La pérdida de los españoles en estos combates fué de ocho muertos y ocho heridos. El galeón que tan bravamente defendieron, montaba 24 cañones y 20 pedreros. El navío mayor de los ingleses iba dotado de 36 piezas, el segundo de 24, y el tercero de 22.

»En 1740, con motivo de la guerra que Felipe V tuvo que sostener con Inglaterra en el año anterior, el corsario inglés Jorge Anson, con el navío *Centurión*, de 64 cañones, atacó sobre el estrecho de San Bernardino á la nao *Covadonga*, que venía de Acapulco. A pesar de la desigualdad de fuerzas, la defensa de los españoles fué tan obstinada que no rindieron el buque sino después de contar 60 muertos y 70 heridos, entre éstos el primero y segundo comandantes.

»Renovadas las luchas de España por causa del «Pacto de familia,» tuvo lugar en el año 1762 el episodio de la toma de Manila por los ingleses, al mando del almirante Cornish y brigadier Draper, desgracia que dió ocasión á evidenciar las hondas raíces que había echado en las

islas la dominación española, las grandes virtudes de sus hijos, y el heroísmo de don Simón de Anda y Salazar, que, auxiliado por los religiosos agustinos, se cubrió de gloria obligando al enemigo á permanecer casi bloqueado en la misma plaza que tomara, hasta que por la paz que se firmó en 1763 la evacuó en 17 de marzo de 1764, después de dos años de ocupación.

»Durante este período, en octubre de 1762, el navío inglés *La Pantera*, de 64 cañones, y la fragata *Argos*, de 30, destacadas de la escuadra de Cornish para esperar al galeón filipino que venía de Acapulco, encontraron, en vez de éste, al navío *Santísima Trinidad*, que, habiendo salido dos meses antes y sido desarbolado en el paralelo de Marañón, volvía de arribada con mucho trabajo. Su comandante, que era gallego, queriendo vindicar el lustre y honor de la patria, que suponía empañado en Manila, se batió desesperadamente, recibiendo 1,700 balas de á 24 y 18, logrando los enemigos, después de tan notable hecho, remolcar la nao hasta Cavite, en donde entró en 12 de noviembre de 1762, con un cargamento valuado en dos millones de pesos.

»Con ánimo deliberado hemos prescindido, en esta ligerísima reseña, del orden cronológico, no sólo para exponer separadamente la historia de cada uno de los terribles enemigos que como consecuencia de las guerras internacionales europeas aparecieron en el archipiélago, sino también para indicar en último término, siquiera sea someramente, el pasado y el presente de otros dos que han vivido y viven en nuestras provincias filipinas, á saber: los malayos mahometanos y los chinos; los primeros entorpeciendo el desarrollo de la población y la riqueza; los segundos pretendiendo, por medio de antiguas sublevaciones, destruir la dominación española.

»La intermediación del inmenso imperio chino no podía dejar de reproducir continuas y peligrosas alarmas, ya que no por la índole de su gobierno, por la tendencia á desbordar el exceso de su población más miserable sobre los países que le rodean, con tal de reunir las condiciones más indispensables para la vida.

»La primera prueba á que fué sujeta la grande empresa de nuestra dominación, ó mejor dicho fundación, prueba tanto más terrible cuanto que se efectuó en los primeros momentos del establecimiento de los españoles en aquellas apartadas tierras, fué la presencia en las aguas de Manila del famoso pirata chino Li-Mahong, al frente de 90 champanes, el cual verificó dos desembarcos con intervalo de veinticuatro horas: uno de 400 hombres y el otro de 600; logrando con esta fuerza incendiar varias barracas de madera que servían de alojamiento á los españoles.

»Excitado el esfuerzo de éstos ante tan formidable enemigo, hicieron una vigorosa defensa con ayuda del valiente capitán Juan de Salcedo, que acudió desde Ilocos, y con cuyo auxilio pudo rechazarse al terrible pirata, obligándole á reembarcar su gente. Hízose entonces á la vela con dirección al golfo de Lingayen, donde se fortificó en las isletas y esteros de la costa de Pangasinan; pero el mismo Salcedo le atacó en sus posiciones al frente de 250 españoles y 2,000 indios, destruyendo y diseminando los elementos que restaban de tan atrevida empresa.

»Queda ya consignado que la intermediación del Celeste Imperio fuese causa de no pocas alarmas y temores, lo cual se comprende sin violencia al considerar que la China arrojaba millares de inmigrantes en el archipiélago, lo peligroso que puede ser un enemigo que al abrigo de la hospitalidad tiene medios de reu-

nirse en número de 30 á 40,000 hombres útiles para la guerra, y esto en un país dominado por un puñado de extranjeros, y lo natural que es, en tales circunstancias, la tentación á sacudir el yugo y pasar con un golpe de mano, de la condición de dominados á la de señores.

»Así debieron considerarlo los chinos de Manila cada vez que intentaron sublevarse y hacerse dueños del país; pero no tuvieron en cuenta la trasformación que las nuevas ideas iban verificando, ni el sentimiento de dignidad cristiana y el consiguiente espíritu caballeresco propio de la civilización española, que iba convirtiendo el archipiélago en un pueblo semieuropeo con creencias positivas; y lo difícil, por lo tanto, de que pudiera sujetarse á recibir como dueños á gobernantes idólatras.

»Así es que, sin carecer de importancia, terminaron en espantosas carnicerías los levantamientos de 1603, cuyo promotor En-Cang, con el cual hicieron alianza los moros, fué ahorcado, después de perecer 23,000 chinos á manos de los naturales; y el de 1639, en que se sublevaron 30,000 sangleyes que, no sin varias peripecias, fueron destruídos en su mayor parte, expulsándose, el resto, de las islas.

»En 1662, el pirata chino Coseng, después de desalojar de Formosa á los holandeses, que capitularon en número de 2,000 europeos, ante la muchedumbre de más de 100,000 hombres establecidos en la isla y viviendo ya de sus propias cosechas, amenazó al Gobernador de Manila D. Sabiniano Manrique de Lara con una invasión al archipiélago si no reconocía vasallaje.

»Á tanta arrogancia contestó el español con altivez, y tomó precauciones y medidas convenientes, que produjeron disturbios, castigos y nueva expulsión de chinos, y el abandono de todos los

presidios del sur para concentrar la resistencia en la capital. Entre los puntos evacuados, lo fué el de Ternate, que no se ha vuelto á recuperar. Con los españoles se vinieron los indios mahaldicas ó nobles, que nos eran fieles, quienes en la tierra que se les dió sobre la embocadura del río Marigondón, provincia de Cavite, fundaron el pueblo de Ternate, donde viven hoy sus descendientes, que hablan todavía un idioma diverso del tagalo y un español anticuado y bastante corrompido.

»La muerte de Coseng terminó este incidente, pues su hijo, que le sucedió en Formosa, hizo proposiciones pacíficas y comerciales.

»Durante la época de la ocupación de Manila por los ingleses, en 1762, los chinos ó sangleyes se aliaron con los enemigos de España, promoviendo sublevaciones que fueron causa de otro exterminio de aquellos tenacísimos rebeldes, decretado por el defensor del territorio D. Simón de Anda.

»Por último, en 1829 volvió á permitirse la inmigración china en Filipinas, en cuyo territorio continúan hasta el día, los hijos de aquel vasto imperio, en número de 40 á 50,000 hombres repartidos en todo el archipiélago.

»*Los moros malayo-mahometanos de Mindanao y de Joló.*—Solemnes eran, en los misterios del porvenir, aquellos momentos en que las naves de Magallanes, después de atravesar el estrecho que hoy lleva su nombre, surcaban por vez primera el anchuroso Oceano Pacífico, conduciendo en sus humildes flancos el porvenir de un interesante pueblo, que cuenta hoy seis millones de almas.

»La marea mahometana, después de inundar las grandes islas que limitan el Oceano Indico, Sumatra, Java, Borneo, Célebes y Molucas, amenazaba invadir á su vez el archipiélago filipino, que se ha-

llaba en las condiciones más desfavorables para resistirla; y fraccionado hasta el infinito, y entregado á la más primitiva idolatría, ofrecía segura y fácil presa á aquella propaganda tan seductora, por otra parte, á los pueblos intertropicales.

«No es fácil averiguar hoy los límites que había alcanzado esta invasión en la fecha de la llegada de Magallanes; pero de todas las relaciones de viaje se desprende que no existían estos sectarios en la parte del archipiélago que visitó. En Butuan, situado en la boca del río de este nombre, colocó á su llegada, en una colina, una cruz que adoraron los naturales. Este hecho sucedió el año 1521, y demuestra que no había llegado la propaganda mahometana á aquellas regiones.

«Durante los años que median entre la expedición de Magallanes, en 1521, y la de Villalobos, que en 1546 comunicó con los caragas y sanguiles, sujetos ya al Mindanao, hacen mención las antiguas historias de la entrada apostólica por las costas de Surigao y Butuan é isla Caminguín, de un caballero portugués, llamado Francisco de Castro, el cual, aunque seglar, había recibido y desempeñado, por falta de sacerdotes, comisión del Gobernador de Ternate, D. Antonio Galván, y, según parece, consiguió grandes resultados como misionero y como político.

«También consignan los escritores jesuitas la entrada, en este intervalo, por el Mindanao y reino de Buhayen, de San Francisco Javier, en lo cual fundan, en parte, el origen y motivos de su pretensión al gobierno espiritual de aquellas cristiandades, si bien nos inclinamos á creer que la presencia del Santo en estos lugares debe entenderse en sentido espiritual, puesto que ningún hecho histórico vemos que la confirme.

«Á principios del año 1564, Legazpi,

en su travesía de Limasaua á Cebú, arribó á la ensenada de Dapitan y pueblo del mismo nombre. Los antiguos cronistas designan con el nombre de *nación dapitana* á este interesante pueblo, originario de otro que, independiente y belicoso, había emigrado de la isla de Bohol, después de un desastre sufrido en sus contiendas con el régulo de Ternate, en qué fué sorprendido por las tripulaciones de 20 joangas enviadas por su enemigo, las que, habiendo inspirado confianza, así por haber llegado sucesivamente como por su condición aparente de mercaderes, hicieron una terrible carnicería, en que pereció el jefe Dailisan, quedando su hermano Pagbuaya al frente del Principado. Este Pagbuaya es el que asentó paces con el animoso Magallanes, en ocasión de encontrarse en su puerto el embajador del régulo de Borneo con dos joangas, solicitando su amistad, al cual despidió, diciendo que no quería otra que la de los nuevos huéspedes *agradados, como valerosos, del valor que reconocieron en la no conocida gente.*

«Bien quisiéramos, en este lugar, reproducir, conservando la belleza y galanura de estilo del padre Combés, jesuita, en su interesante Historia, publicada en 1667, al hablar de D. Pedro Manooc, hijo del anterior, quien, después de abrazar el cristianismo, *ayudó á los españoles en las conquistas primeras de estas islas, y señaladamente en la de Manila, metrópoli de todas ellas, y después en la de Camarines, llevando en todas estas facciones, á su costa, las gentes y naciones, sus sujetas.*

«Este mismo Príncipe, según el citado autor, «sustentó más tarde guerra contra «Mindanao y Joló, acometiéndolos con «sus armadas en sus propias casas: en «una ocasión que, entre otras, fué sobre «Joló, encontrándose con el mismo Rey, «que también salía de armada con 12 «joangas, lo derrotó y le ganó su capita-

«na; y á costa de muchos muertos se le
 «escapó el Rey fugitivo, arrojándose á
 «la tierra; hizo guerra á los caragas, que
 «entonces eran el terror de las islas; su-
 «jetó el pueblo de Bayug, nación del Ma-
 «lanao como sujeta á Mindanao, sin tener,
 «entre tantos enemigos, nuestras armas,
 «otro arrimo que el de su valor, que
 «facilitó tantas empresas.»

«Continúa el padre Combés haciendo un extraordinario elogio de este pueblo, que considera dotado de las más grandes virtudes cívicas y guerreras, y de esta familia principal, que, según el mismo, ejerció una grande influencia en los destinos de las primeras cristiandades de la isla, y que, por las relaciones que con ella tiene, no podemos prescindir de indicar á continuación. Doña Manuela Baloyog, hermana de D. Pedro Manuel Manooc, influyó con su autoridad para asegurar la obediencia y pacificación de los pueblos del río de Butuan, que se había sublevado, con muerte del Alcalde mayor y clérigo secular que entonces los tenía á su cargo. Laria, primo hermano de D. Pedro, sirvió á su costa con su gente en la conquista del Moluco, y en siete veces que *se acometió de guerra la isla de Joló, se halló en todas, señalándose siempre con acciones de príncipe y valeroso soldado.* D. Gonzalo Maglenti, hijo del anterior y marido de doña María Uray, hija de don Pedro Manooc, fué padre de D. Pedro Cabelín, que á los treinta años había muerto más de 200 enemigos, cuerpo á cuerpo, en varias refriegas. Y volviendo al D. Gonzalo, su padre, vemos en la historia citada que, á través de muchas expediciones armadas á todas las islas, sujetó desde la ensenada «de Panguil hasta
 «el pueblo de Sibaday, diez leguas de
 «Samboangan (hoy Zamboanga), todos
 «los pueblos que, en 60 leguas que corre
 «la costa, se hallan, que en lo antiguo
 «eran muchos más, y superiores en nú-

«mero; sirviendo de atalaya y despa-
 «chando avisos á Cebú y Otón al primer
 «rumor de armadas enemigas.» Continúa la apología de este pueblo, confirmada por el hecho de haber rechazado en una ocasión, y cuando sólo había en el cerro diez varones, á Buhisan, padre de Corralat, y el más guerrero de los reyes de Mindanao en persona, y al frente de cien joangas.

«Nos hemos detenido en los detalles históricos, quizá exagerados, de este pueblo, porque explican lo que apenas habíamos podido comprender en varias ocasiones al visitarlo, así como á otros de la isla de Mindanao y de Visayas.

«Hemos alcanzado en nuestra juventud la triste época de la preponderancia de la piratería en estos mares; y conociendo por la historia y propia experiencia, el poderío incontrastable de sus expediciones, no nos explicábamos, repito, la admirable vitalidad y condiciones de resistencia de estos pueblos cristianos, aislados y abandonados á sus propios recursos; pueblos entre los cuales algunos cuentan por docenas los sitios y embestidas sostenidos contra millares de enemigos reunidos, sin perjuicio del constante acecho y persecución de que eran víctimas en las costas y ríos, siempre invadidos por aquel azote.

«Antes de continuar este relato, que amenaza ser más largo de lo que habíamos pensado, es conveniente exponer algunas consideraciones generales sobre las diferentes razas y pueblos que en él van á figurar, y los móviles á que obedecen.

«Aquí nos encontramos ya de lleno en los principios de esta lucha, tres veces secular, é indicados ya los elementos primitivos que darán interés á las descripciones geográficas incompletas, como son las que poseemos, á través de los episodios históricos, que apenas haremos

más que bosquejar, no permitiendo otra cosa la índole de esta conferencia, cuyo principal objeto es el despertar la afición hacia el estudio de la historia y geografía de estas regiones, como ya hemos indicado.

»Sin pretender ocuparnos de las cuestiones etnológicas de que han sido motivo las diferentes razas del archipiélago, podemos creer que es la Aeta, ó de Negritos, la aborígen de estas islas, y que todas las demás que la pueblan representan las diferentes invasiones de la Malaya, verificadas en diversas épocas, en tiempos más ó menos remotos, pudiendo suponer razonadamente, que, más débiles, y aisladas en pequeñas agrupaciones, han ido cediendo las costas y terrenos llanos las antiguas, á las que representaban unidas y organizadas de una manera ventajosa. Esta suposición explica perfectamente, en general, la presencia en la isla de Luzón, y en la mayor parte de las Filipinas, de los pueblos que, con mil nombres diferentes, habitan las tierras altas y montañosas, y que, protegidos por su misma pobreza y barbarie, y en algunos casos ferocidad, resisten, con más ó menos éxito, la asimilación á los pueblos cultos, contribuyendo quizá á ello otras causas independientes de sus instintos, que no es del caso estudiar en este lugar.

»Esta explicación permite hacerse cargo con facilidad de los elementos de población que figuran en la historia de los territorios que estudiamos, y que, en general, se reducen á tres: 1.º Hispano-filipino, ó sea cristianos que obedecen á las autoridades españolas; 2.º los infieles de los montes, que conservan una triste independencia, y que hoy son poco numerosos, pero que en los primeros tiempos del choque de las dos civilizaciones componían la masa de que, en general, se han formado las poblaciones actuales.

»En unas partes llaman á estas gentes subanos, como en la jurisdicción de Iligan y Zamboanga; en Mindanao, manobos y mananapes, que es lo mismo que brutos; en Joló, guimbanos y en Basilan, sameacas.

»3.º Los moros, últimos invasores malayos, que en su movimiento de avance se vieron de repente sorprendidos con una resistencia inesperada en la isla de Mindanao, en cuya costa meridional se habían establecido como dominadores, y desde donde comunicaban con la inmensa columna que los había empujado, y de la que formaban la vanguardia por esta parte.

*
**

»En el momento en que dan principio las primeras operaciones ofensivas por parte de los españoles, tenían los moros dos centros principales que existen hoy día, á saber: Joló y el río de Mindanao, cuyos actuales régulos, apenas si son la sombra de los pujantes guerreros, sus antepasados, con quienes tuvieron que contender aquellos famosos capitanes, como D. Sebastián Hurtado de Corcuera, don Pedro de Almonte, etc., con los cuales tampoco podemos compararnos, supuestos los inmensos recursos de que hemos podido disponer en estos últimos tiempos, sobre todo desde la aplicación del vapor á los buques, que ha cambiado por completo las condiciones de la lucha, privando á los moros de la inmensa ventaja que la ligereza de sus embarcaciones á la vela y, sobre todo, al remo, les daba sobre toda clase de buques destinados á su persecución.

»Si se tiene en cuenta la moral del Corán, que no viene en esta parte á ser sino la consagración del instinto que vemos en la historia, se ha revelado á muchos pueblos que se han sentido dotados de

fuerza y aptitud para buscar en el ejercicio de la piratería en mar y tierra, la satisfacción de aspiraciones que les negaba la ingratitud de su territorio ó su repugnancia á cultivarlo, como sucedió con los daneses, y más tarde con los normandos, fundadores de reinos y dinastías, y modernamente con el estado de Argel y otros; si, por otra parte, se considera la admirable aptitud de esta raza *lutaya* para vivir en los mares más ó menos abrigados del inmenso archipiélago que se extiende desde la costa sur de la Paragua, dando la vuelta por el norte de Borneo, Tawi-Tawi, Joló, Basilan, hasta Mindanao, obstruidos los espacios intermedios con infinitas islas rasas, *samales*, y arrecifes de coral, apenas habitables para otra raza por la carencia de agua potable en su mayor parte; si, además, se observa la facilidad y destreza para construir sus embarcaciones, armarlas, trasladarlas en piezas á través de las islas y aun de los montes; armarlas de nuevo en la costa opuesta, en donde los bosques les ofrecen el bejuco necesario para ligar sus diferentes partes, puesto que no emplean hierro para ello; si se fija la atención en la facilidad con que proveen á las más urgentes necesidades, bebiendo, en caso necesario, agua salobre, á que se acostumbran desde niños, alimentándose con escasísima cantidad de arroz ó maíz, y bajo un clima cuya benignidad les permite cubrir apenas su desnudez; si se reflexiona que por todas estas razones cada uno provee á sus necesidades, y sin hacienda, ni empréstitos, ni presupuestos, se arma una expedición de 3 ó 4,000 hombres al mando de 10 ó 12 jefes, dispuestos á unirse ó separarse, según el plan convenido, cayendo de improviso sobre los pueblos de las islas, ocultándose en los manglares, de noche, para sorprender á los habitantes al amanecer cuando se dirigen á sus labores, y á las embar-

caciones mercantes menos ligeras ó encalmadas; si de todo esto, y mucho más que omitimos, nos hacemos cargo; se podría formar una ligera idea del martirio á que estuvieron sujetas estas islas Visayas y de Mindanao durante tres siglos, obligados sus habitantes á sostener la propia defensa, guarneciendo día y noche sus costas ó castillos, refugio indispensable de las poblaciones en caso de serio ataque, atalayando las costas y navegando siempre armados de pequeñas piezas de artillería, fusiles y armas blancas; todo lo cual no impedía que cayesen periódicamente en manos de los piratas un gran número de infelices cautivos, de embarcaciones, y en muchos casos de pueblos enteros.

»Como sucedía en el Mediterráneo, particularmente en la costa de España, con los argelinos, era muy común el que acompañasen á estas expediciones los renegados, conocedores de las costumbres y misterios de sus propios pueblos, facilitando infinito el éxito.

»Afortunadamente, entre estos lútaos, tan admirablemente dotados para la piratería, según hemos indicado, no surgió en tantos años un hombre superior que hubiese comprendido la inmensa fuerza que esta raza representaba y las grandes empresas que á su frente era posible acometer.

»Traidores y cobardes para el ataque, siempre han rehuído la lucha cuando la ventaja de su parte no era inmensa, atentos sólo al resultado de utilidad material en sus expediciones; pero esto no puede considerarse una condición natural de su carácter, puesto que, siempre que han sido sorprendidos y obligados á luchar, han sabido vender caras sus vidas, y en ocasiones cambiar el éxito del combate.

»Estas circunstancias eran bien conocidas de los jefes y oficiales de la antigua

marina sutil de Filipinas, fuerza compuesta de unas 50 lanchas y falúas cañoneras, que durante dos siglos tuvo á su cargo la defensa de los mares del archipiélago, cuyos hechos heroicos, diariamente repetidos durante este largo período, están esperando también un cronista, así como la modesta economía con que desempeñó esta dura misión con sólo un personal de 40 oficiales que no pasaban del empleo de capitán. Séame permitido dirigir un saludo cordial á los pocos y ancianos restos que hoy quedan de esta interesante milicia, antiguos y modestos compañeros de mi juventud, valientes, sobrios y subordinados, que han vivido bastante para comparar tiempos, ó sea la indiferencia, por no decir ingratitude, hacia sus diarias penalidades y hazañas, con la liberalidad moderna.

Testigo he sido de aquellos encuentros en los mares y costas en que un par de falúas nunca han dejado de atacar y dispersar á una docena ó más de barcos piratas, cada uno de los cuales representaba mayor fuerza efectiva que aquellas cuyo único recurso para evitar el abordaje consistía en trincar sus remos perpendicularmente á la borda ó costado de la embarcación, y de este modo utilizar los pedreros, con la gente enteramente al descubierto y dominada por la tripulación enemiga, cuya elevación de borda era mucho más considerable.

»Pero de esta fuerza oficial, sagrada y gloriosa como ha sido su misión, apenas se podía exigir otro resultado que el de impedir la conservación de masas aglomeradas de piratas, las cuales, como hemos dicho, siempre eran atacadas y dispersadas, con objeto de que la separación en grupos más pequeños permitiese á los pueblos la defensa, que en otro caso hubiera sido imposible, y á las armadillas de los naturales operar sin tanto

peligro en las costas de sus respectivas provincias.

»Independientemente de los mil y mil hechos brillantes que con la mayor modestia ejecutaron, se puede decir que diariamente, los naturales de las Visayas, Calamianes y Mindanao, en este largo período se han hecho célebres algunas colectividades, que siempre surcaron los mares altivamente dispuestos al combate, en donde y como se presentase el enemigo; tales como los boholanos, navegando en sus caracoas y provistos de un arma tan original cuanto temible para gente desnuda, consistente en un jugo corrosivo preparado con la infusión de ciertas plantas, y que arrojaban al enemigo, por medio de tubos de caña provistos de su correspondiente émbolo, independientemente de las otras armas corrientes de combate; los cagayanes, del grupo de islas de este nombre, dependiente del gobierno de Antique, en la isla de Panay, pueblo interesante, que vive exclusivamente de productos del mar, y cuyas armadillas han salido periódicamente á ejercer su industria al estrecho de Balábac y demás puntos convenientes sin preocuparse de los piratas, fiada siempre á su intrepidez la propia vida y hacienda flotante, mientras quedaba encomendada á las mujeres la defensa de los hogares.

»El heroico pueblo de Zamboanga, verdadero campamento de guerreros, siempre dispuestos á lanzarse al encuentro de los enemigos en mar ó tierra; poderosos auxiliares siempre altivos y fieles, de corazón español, que acababan de sellar su lealtad en momentos críticos y solemnes, contestando á los gritos de sublevación contra España con la protesta más espontánea, ahogando con las armas en la mano la intentada alevosía.

»He sido testigo de la serenidad y arrojo con que estos bravos zamboan-

guños asaltaron, entre otros, uno de los fuertes lienzos de la cota de Sipac, en la isla de Balanguingui, el año 47, al mando del general Clavería; cota defendida por 1,000 hombres decididos, impenetrable á toda clase de proyectiles, y cuyos muros se elevaban 15 pies sobre el terreno; allí trepaban por sus largas escalas de bambú, armados del cris y la rodela, como los antiguos, sin banderas ni músicas, silenciosos y sólidos, coronando el alto muro, al mismo tiempo que lo hacía en el suyo correspondiente la columna de tropas, después de sufrir la descarga á quema ropa de 60 piezas de artillería, de pequeños calibres las más, pero que hicieron numerosas víctimas.

»Allí estaban estos representantes de los elementos naturales con que nuestros antepasados llevaron á cabo tan gloriosos hechos contra una morisma prepotente y envanecida, cuyos degenerados restos son en el día objeto de expediciones que dejan agobiado nuestro tesoro para mucho tiempo.

»Para concluir esta serie de consideraciones generales, se me permitirá también dedicar un recuerdo á la memoria de mis queridos oficiales y amigos Otilora, Lamadrid y López de Roda, muertos los dos primeros y gravemente herido el tercero, con 20 hombres de marinería que sucumbieron en el encuentro de la fuerza sutil de mi mando, con cinco bandos de piratas, en las aguas de la Paragua, el 2 de mayo de 1851, en los momentos en que se apoderaba de Joló el general Urbiztondo.

*
* *

»Isla de Mindanao.—La primera concesión de la isla de Mindanao, según costumbre de aquel tiempo, se hizo al

marqués Esteban Rodríguez de Figueroa, que emprendió la conquista por su cuenta, atacando en el río de Mindanao á los tres belicosos jefes moros Malaria, Silongan y Buhisan; empresa en que perdió la vida, sucediéndole el maestre de campo Juan de Jara, pero no ya con el carácter de empresa particular.

»Estos jefes moros, feudatarios del régulo de Ternate, demandáronle auxilio, que condujo Buhisan, compuesto de 600 guerreros embarcados en siete joangas artilladas, y que con otras de Mindanao que se les habían unido fueron atacados en la mar y pasados á cuchillo hasta el último por 110 españoles, al mando de los capitanes Ruiz Gómez de Arellano, García Guerrero, Cristóbal de Villagra y Alonso de Palma.

»Consecuencia de tal desastre fué una especie de buena inteligencia impuesta á los moros por la necesidad del momento, que hasta nuestros tiempos se viene repitiendo con las intermitencias consiguientes al éxito de los ataques periódicos á sus madrigueras, que han hecho necesarias sus depredaciones y el estado más ó menos desembarazado del gobierno de Manila.

»Todos los convenios más ó menos solemnes celebrados con dichos sectarios desde esta fecha, se han reducido á vagas protestas de amistad, presentadas por los unos en momentos de angustia suprema, y aceptadas con facilidad por los otros, para eludir sin duda la dificultad de formular condiciones explícitas de acomodamiento y reglas fijas de conducta determinadas por la justicia, equidad y conveniencia.

»Las paces acordadas de esta manera con jefes independientes y soberanos, establecidos en territorios de una isla ocupada á la vez por pueblos cristianos, enteramente sometidos á las leyes civiles y autoridades españolas, claro está que no

podían ser consideradas más que como armisticio.

«En esta ocasión la retirada de los españoles fué la señal de una invasión de piratas «que abrasó las islas y volvió á su casa con más de 1,500 cautivos cristianos.»

«Esta retirada, que tuvo lugar en el año de 1597, dejó abandonada toda la parte meridional de la isla de Mindanao á los jefes piratas, que, unidos á los joloos, aterraron las islas con sus invasiones; cautivando, matando y destruyendo cuanto no podía ser robado y saqueado. Las expediciones eran tan formidables, que las bandas desembarcadas atravesaban por tierra las islas, llegando á amenazar las provincias más inmediatas á Manila é infestando mares y costas.

«Como uno de los medios más oportunos de resistencia y ataque á este poderío malayo-musulmán, incontrastable por la muchedumbre de lútaos, que en ligerísimas embarcaciones invadían, cual enjambres, mares, costas é islas, sostuvieron durante muchos años los padres jesuitas la conveniencia y necesidad de establecer en el centro del territorio enemigo un puesto militar que sirviese de base y punto de partida á nuestra defensa y ataques sucesivos.

«Es increíble la resistencia que pensamiento tan sencillo y justo encontró en los españoles de Manila, oposición que el P. Combés atribuye á que «las mientes de los vecinos de Manila están puestas en los empleos de Nueva España y China, y solamente lo que á esto se opone les da cuidado, etc.»

«Esta observación del buen Padre es indudable que puede ser acertada con relación á aquella parte del vecindario que sin deber considerarse como la representación de los intereses permanentes y morales de un país, ejerce, sin embargo, ocasionalmente, una influencia

muy grande en los destinos de los pueblos: clase indispensable como auxiliar, pero á cuyos individuos no es justo exigir la abnegación y la independencia de opinión necesaria cuando se trata de los intereses generales del Estado.

«Así sucedió, por fortuna, en esta ocasión. El establecimiento del presidio y plaza de Zamboanga fué decretado por D. Juan Cerezo de Salamanca, que gobernaba por muerte de D. Juan Niño de Tabora, encargándose de la ejecución el capitán Juan de Chaves, á 6 de abril de 1635.

«Desde este momento, y á pesar del abandono transitorio del mismo á que obligó posteriormente la necesidad de concentración de fuerzas en Manila, fué Zamboanga el punto fuerte de partida de todas las expediciones militares extraordinarias contra los centros de la piratería, así como el apostadero permanente de una división naval destinada á la defensa de los intereses locales que allí se fueron creando, y á contrariar como amenaza constante los movimientos y combinaciones de las armadas piratas.

«De aquí salió, al poco tiempo de su fundación, al mando del sargento mayor Nicolás González, la escuadrilla que, apostada en Punta Flechas, destruyó una expedición que, al mando del pirata Tagal, teniente de Corralat, regresaba cargada de cautivos, entre los cuales tres religiosos, rescatando 120, con muerte de más de 300 enemigos y 300 prisioneros, y el importante botín.

«De esta plaza salieron las famosas expediciones del gobernador D. Sebastián Hurtado de Corcuera, en 1637, contra Corralat, establecido en el interior del río de Mindanao, de cuyas fortificaciones se apoderó á viva fuerza; y contra Joló, en donde puso una guarnición de 200 españoles y 200 pampangos, después de desalojar, tras viva y larga resistencia,

de sus fortificaciones, al enemigo que las defendía.

»De Zamboanga partieron otras expediciones, y modernamente la importantísima capitaneada personalmente por el general Clavería el año 1847, contra el centro pirata de Balanguingui, de la cual formé parte, y que determinó la época de la decadencia de la piratería con la destrucción completa de esta terrible guarida, admirablemente dispuesta por la naturaleza y preparada por el arte para el objeto. Compuesta de tres isletas de coral, rodeadas de arrecifes que forman estrechos canales, únicamente practicables para sus ligeras embarcaciones, tenía defendidos estos estrechos pasos con fuertes cotas, extensas y elevadas, artilladas convenientemente, y formados sus muros de una triple línea de gruesos maderos, rellenos los espacios intermedios de madrepora. En estos muros se embotaban las balas y granadas sin causar el menor estrago, y sólo por medio de terribles asaltos con escalas, fué posible apoderarse de ellas, con muerte de casi todos los defensores y prisión de las infelices familias.

»También fué de esta plaza de donde salió el general Urbiztondo cuando en 1851 se apoderó, después de un bien entendido ataque, de los fuertes de Joló, que redujo á cenizas; y si bien últimamente se ha hecho independiente de ella el mando y dirección de los asuntos y política sobre el archipiélago de Joló, es de suponer que tal medida será transitoria, y que la representación del Gobierno volverá á establecerse en este pueblo, tan caracterizado para el objeto por su numeroso y aguerrido vecindario, por sus gloriosas tradiciones y las ventajas de su posición con respecto á los centros malayo-mahometanos del sur de Filipinas.

»Las consideraciones generales que

preceden, y algunas citas de fechas y acontecimientos históricos ligeramente indicados, tienen por principal objeto excitar, si es posible, el interés que las aisladas descripciones geográficas no podrían alcanzar; por lo que seguiremos, cuando parezca conveniente, ilustrando con algunos episodios históricos esta última parte de nuestra reseña.

*
* *

»La superficie total de la isla de Mindanao, según mediciones hechas con arreglo á las últimas determinaciones geográficas, es de 95,200 kilómetros cuadrados (3,084 leguas cuadradas); y para establecer una comparación que pueda fijar bien en la memoria su extensión relativa, nos podemos referir á una unidad geográfica, bien conocida de la Península; por ejemplo, la provincia de Oviedo, que mide 10,526 kilómetros cuadrados (341 leguas cuadradas); en cuyo supuesto se puede establecer que la isla de Mindanao contiene nueve veces la superficie de dicha provincia.

»Las divisiones naturales, que tanta influencia ejercen sobre la manera de agruparse la población, constituirse y existir, creemos que pueden considerarse, en uno y otro concepto, las siguientes:

»1.^a Reino de Sibugney. Superficie, 15,249 kilómetros cuadrados (494 leguas cuadradas), separado del resto de la isla por un istmo de unas 10 millas de extensión, entre el fondo de la bahía de Panguil y el extremo occidental de la bahía illana.

»2.^a Territorio illano. Superficie, 10,495 kilómetros cuadrados (340 leguas cuadradas), separado del anterior por el istmo referido, y por elevadas sierras del valle de Cagayán, por donde corre el río Agusán y afluentes, y del territorio de Mindanao.

»3.^a Territorios de Mindanao. Superficie, 19,846 kilómetros cuadrados (643 leguas cuadradas), que contiene la cuenca del río y laguna de Mindanao, limitado al E. por la cordillera del volcán de Apo, y al N. por montañas y bosques impenetrables.

»4.^a El valle del Cagayán, con 13,418 kilómetros cuadrados (436 leguas cuadradas).

»5.^a El valle del Butuan, seno de Dávao, Caraga y Bislig, que suman una superficie de 36,147 kilómetros cuadrados (1,171 leguas cuadradas).

»Los límites indicados están muy lejos de ser precisos, y conduciría á grave error el creerlo; error que importa mucho desvanecer, pues nos llevaría, como á casi todos los publicistas que se han ocupado de Mindanao, á suponer que el país está ocupado principalmente por los moros, cuando en realidad sucede lo contrario.

»Los moros, en general, y salvo raras excepciones, no viven en las tierras altas, sino en las costas y orillas de los ríos y lagunas. Son lútaos de origen, *hombres flotantes*, como hemos dicho; y sus descendientes, que pueblan las orillas del río Paiuan ó de Mindanao, y las lagunas interiores Ligauasán y Buluan, así como las de Malanao ó Ganasi, no han perdido, en esta parte, las costumbres de sus progenitores.

»La misma observación es, en general, aplicable á los cristianos que, en la referida acepción, son también lútaos, como lo eran los primitivos españoles que durante siglos se presentaban en Filipinas como tales. Los primeros expedicionarios lo fueron por excelencia. Los que no lo habían sido en su origen, sufrían la difícil trasformación durante la cruel y larga prueba de las navegaciones increíbles de que nos hemos ocupado. Prueba de que salían templados, como el acero,

los que sobrevivían, y esto explica tantos prodigios.

»Lútaos eran, en este concepto, el puñado de hombres de Cortés, como su jefe; lútaos los Pizarros y Almagros y sus huestes; y bien se observa en la marcha de los asuntos de nuestras colonias de Filipinas la influencia que la facilidad del paso de Suez, y la rapidez y comodidad del viaje, ejerce en sus destinos.

»Volviendo á nuestro asunto, del que nos ha separado esta digresión, repetimos que, al considerar la extensión de territorio que asignamos á cada una de las divisiones antedichas, debemos tener en cuenta que la población es lo accidental, y que las inmensas cordilleras, cubiertas de bosques impenetrables, aislan, unas de otras, las zonas habitadas de la costa, ríos y lagunas.

»En Zamboanga existía todavía, cuando la visité las primeras veces, algún anciano, único resto de una expedición que salió de aquella plaza, durante las guerras de principio del siglo con los ingleses, con objeto de explorar el interior y ver si era posible la retirada al N. de la isla, en caso de ataque y desembarco de fuerzas enemigas superiores. El resultado de la expedición fué desastroso, habiendo tenido que retirarse los individuos que la componían, después de sufrir mil privaciones y contratiempos, á perecer de enfermedades extrañas, sobreviviendo tan sólo uno ó dos.

»Es cierto, no obstante, que los famosos jefes piratas del río de Mindanao socorrieron á los de la laguna de Ganasi ó Malanao cuando ésta fué tomada hasta tres veces por los españoles, y Caragas; haciéndose, en su consecuencia, imposible su conservación, puesto que á medida que se retiraban las fuerzas quedaba el presidio bloqueado, hasta que el año 1640 fué abandonada la empresa, y se estableció el fuerte y pueblo de Iligan,

en la embocadura del río por donde desagua esta laguna en el mar.

«Estos auxilios prestados por Corralat y su gente á los jefes de la laguna, en la primera mitad del siglo XVII, es de suponer partían de Baras, puertecito formado por la isla Ibus en la bahía Illana ó del puerto de Pollok, distante unas 25 millas de dicha laguna; pero estas comunicaciones se mantienen por senderos que no conocemos, sólo practicables para gentes rudas de la montaña, que por ellos conducen los productos de las tierras que forman el litoral de esta laguna, consistentes principalmente en café de exquisita calidad, y en algunas curiosas manufacturas. Si se compara la superficie de la parte de la isla en que no hay absolutamente moros establecidos, con aquella en que los hay, tenemos que la primera está separada naturalmente de la segunda por las extensas y apenas conocidas cordilleras que, partiendo de la punta Suláuang, separan el valle del Agusán ó Cagayán del Illano; el de Mindanao del de Dávao, y terminan al S. en la punta Tinaca; mide una superficie de 49,604 kilómetros cuadrados (1,607 leguas cuadradas), mientras que la segunda es de 45,593 kilómetros cuadrados; se compone, como hemos dicho, de tres divisiones: Sibuguey, Illanos y Mindanao.

«Los moros de Sibuguey tienen poca importancia, son escasos en número, y no forman centro alguno de población bien caracterizada. Nunca han sido motivo de preocupación para el Gobierno de Mindanao desde el establecimiento de la plaza de Zamboanga, de cuyo jefe han solicitado y recibido una especie de *exequatur* que constituye á su Príncipe en dependencia reconocida del Gobierno, y facilita á éste la solución de cualquier conflicto por haber personalidad responsable con quien entenderse.

«Lo contrario sucede en los otros dos

territorios más ó menos ocupados por los moros; en el de Mindanao existen, como llevamos dicho, hasta siete jefes principales completamente independientes entre sí, escalonados á lo largo del río y en las lagunas; y otros de menos importancia, más ó menos sujetos á los primeros: el que se halla establecido sobre la boca del río, llamado *Sultán de Mindanao*, es indudablemente el más importante, y debe ser el sucesor de Corralat: ocupaba la posición del cerro fortificado con algunas defensas de piedra, llamado por esta razón *Cota-Bató* (castillo de piedra), al pie del cual, y sobre la orilla del río, se fundó en 1862 el establecimiento militar actual, que por una calzada comunica desde la orilla opuesta con el puerto de Pollok. Su vecino, hacia el interior, es el de Buhayén, cuyos antepasados, piratas como los del anterior, han sido los principales contendientes en la interminable lucha de que hemos hecho mención; pero hace muchos años que unos y otros han perdido el hábito, con la posibilidad y los medios, de la piratería, reducidos probablemente á vivir de los recuerdos tradicionales de antiguas glorias pasadas, esperando vagamente del porvenir mejores tiempos, haciéndose entre tanto, y para amenizar sus ocios, todo el daño que pueden unos á otros, entravando la navegación del río y las comunicaciones, de manera que la sal, sin dejar de ser artículo de primera necesidad, es, en Matuncaguan, de muy difícil adquisición, y hemos visto á los menos mal acomodados habitantes usarla, llevando en la bolsa una piedra de la misma, que pasaban por la lengua de cuando en cuando al hacer sus pobres comidas.

«Y esto á la máxima distancia de doce leguas de mar, y en las orillas de un río navegable cuya entrada ocupa una guarnición española hace quince años, con el jefe superior al frente de esta empresa,

probablemente sencilla, pero no formulada aún.

»Preciso es convenir en que, sin merecer la nota de exigentes, hay motivos para no estar perfectamente satisfecho de tal estado de cosas.

»En el territorio illano sucede, poco más ó menos, lo que en el anterior, pero no nos es tan conocido, puesto que desde el año 1640, en que fué abandonada la empresa de guarnecer la laguna interior, después de tres entradas, como hemos dicho, nadie ha vuelto á ocuparse del asunto, siendo el pueblo de Iligan el encargado de cerrar la salida á la morisma, por esta parte, desde aquella fecha. Interesante destino el de este pueblo de Iligan, condenado á permanecer de centinela hasta hoy mismo (236 años), no en sentido figurado, sino en el más riguroso; entregando las armas, con una mano, la generación que pasa, á la que le sucede; y con la otra los útiles de labranza y de entretenimiento de las defensas; y ¡singular contraste el que presenta este pueblo encargado del cumplimiento de tan importante misión, contribuyendo á levantar las cargas públicas proporcionalmente con los demás del archipiélago; singular contraste, decimos, con la costosa ocupación del Río-Grande por un cuerpo de tropas regulares, que sólo desempeña una misión análoga á costa de grandes dispendios!

»Si nos referimos, pues, á la costa, que con los ríos y lagunas es la única parte poblada de la isla, vemos que casi toda lo está por provincias y pueblos cristianos, y que los moros no ocupan población alguna de importancia, y sí sólo algunas rancherías miserables, con jefes más ó menos dependientes del de Mindanao, según sus medios de resistencia.

»El año de 1855 recorrí con mis dignos compañeros de expedición, Sres. Mascaró, Córdova, Crespo y Oyanguren,

todo el curso del río Mindanao y de sus lagunas, cuyo desarrollo es de 139 kilómetros (25 leguas), sobre distancia absoluta de 67 kilómetros (12 leguas), contadas desde la embocadura hasta Matuncauanén, último pueblo visitado sobre el curso del río, y por las lagunas hasta Tucunabagu, pueblo medio idólatra todavía, sobre la orilla de la de Bulúan.

»Hasta nueve jefes independientes, al frente de otras tantas tribus, viven establecidos sobre esta cinta de agua, más ó menos incomunicados unos de otros, ignorantes de lo que existe fuera de su pequeño rincón, recelosos y sobresaltados al rumor de los ecos que del exterior llegan referentes á un enemigo común, cuyos planes desconocidos son interpretados desfavorablemente por la propia malicia de una parte y por justa desconfianza y previsión de grandes males por otra.

»Con motivo de esta incursión, se presentaron al Gobierno varias memorias y planes sobre la conducta que convenría adoptar para la reducción franca y leal, en el orden civil, de este pueblo mahometano; importantísima empresa pacífica que no está demostrado sea impracticable, aunque es cierto que no ha sido aún acometida.

»Los españoles del siglo XVI y sucesivos, en Filipinas, aunque más predisuestos á la transigencia, por efecto de sus viajes, que sus conciudadanos de la Península, es natural que se encontrasen embarazados al ponerse en relación con pueblos mahometanos establecidos en sus posesiones, y que sus convenios y arreglos con ellos afectasen la vaguedad consiguiente y entrañasen las dificultades de cuestión aplazada; pero en el siglo actual, y con los ejemplos á la vista del sistema holandés, inglés y otros, es lamentable la continuación de esta actitud imponente y negativa; preciso es decirlo,

sin intención de ofender á nadie; los sacrificios hechos por el Erario en Mindanao desde el año 1855, y que contribuyen en tan grande proporción á determinar el déficit de su presupuesto, no solamente han sido estériles, sino perjudiciales, para llegar á conseguir la organización social y política de la isla, sobre bases convenientes á todos los intereses que se ventilan.

»La dominación española en Filipinas, á causa del extremado fraccionamiento de sus elementos sociales, y falta completa de sistema tradicional y de jefes importantes y bien caracterizados, pudo establecerse sobre principios democráticos puros y sin intervención de elemento alguno extraño á la administración de la provincia y del municipio.

»Este admirable resultado, conseguido también en toda la parte cristiana de la isla de Mindanao, es natural que alarme á los jefes de los pueblos moros de la misma isla, y que les haga temer la pérdida de su autoridad y consiguiente importancia; y esto explica su actitud, que es preciso reconocer lógica y motivada.

»Con el solo empleo de la fuerza no se resuelven problemas de esta índole, y la toma de la cota de Pagalungan pudo satisfacer la vanidad pueril de los ignorantes por un momento, pero no conducir á resultados prácticos, puesto que no era uno de esos detalles, sensibles siempre, pero indispensables á veces para la ejecución de un plan aceptado en principio por los interesados, ó rechazado, si se quiere, y que la razón y la conveniencia obligan á imponer á los díscolos en beneficio común.

»Si me es permitido expresar mi opinión particular, que es la misma de mis compañeros de la expedición ya citada, opinión formada sobre las impresiones de cuarenta días de trato íntimo con algunos de los principales jefes del interior

del Río, creemos que hay entre ellos personas muy razonables, con quienes sería muy fácil llegar á un acuerdo de buena fe.

»El de Cácal, llamado Buat, nos acompañó al interior de las Lagunas, en donde fuimos bien recibidos, y pasamos algunas noches en sus mismas habitaciones, perfectamente tranquilos, é hicimos expediciones aisladas, abandonados completamente á su buena fe, que resistió, según se supo más tarde, á las insinuaciones malévolas y traidoras del de Cabacan, el expulsado por Oyanguren de Dávao, que deseaba utilizar ocasión tan propicia para vengarse.

»Recuerdo bien la precipitada retirada á que nos obligó; la navegación nocturna, silenciosa y apresurada á través de los intrincados laberintos de los canalizos que separan las Lagunas del Río, sobre cuya margen está fundado su pueblo, y la gran satisfacción que demostró el pobre Buat al vernos en seguridad en medio de nuestras fuerzas, fondeadas en la orilla.

»Siempre conservaré un grato recuerdo de este venerable anciano, y de otros muchos, á quienes tengo motivos de suponer muy dispuestos á llegar á una inteligencia franca y leal, y quién sabe, si, en casos posibles, podrían ser para el Gobierno español útiles auxiliares estos mismos elementos, hoy hostiles, dada la facilidad con que se presta su organización civil á la transformación militar, en momento dado.

»El sistema que instintivamente se viene siguiendo por la tradición, en el archipiélago, de favorecer la disolución de aquella organización social en la sultanía de Cota-Bató, única en que estamos establecidos, sólo conduce á la anarquía, puesto que priva al Gobierno de la ventaja de utilizar la autoridad de los jefes, sin conseguir sustituirla con la suya, que

sólo es posible sobre la colectividad organizada, y no sobre los individuos aislados, mientras sigan siendo mahometanos.

«Suspendaremos, por ahora, estas reflexiones; y si hemos conseguido excitar el interés de la Sociedad en este asunto, que lo dudamos, nos ocuparemos otro día de la sultanía de Joló, que se halla en muy distintas condiciones.»

VI

NUEVA ZELANDA.—AUSTRALIA Y SU COLONIZACIÓN.—NUEVA CALEDONIA.—UNA CONFERENCIA DEL DOCTOR BECHTINGER.

Lo hemos dicho en otra parte:

«Las islas de Oceanía han sido exploradas cuidadosamente: las más considerables, Nueva Zelanda y Nueva Holanda, ó mejor, la Australia, son florecientes colonias de Inglaterra. Cuando los ingleses, hace apenas un siglo, se instalaron en las solitarias playas de este continente, sólo se conocían algunos puntos de sus inhospitalarias costas: ahora es un país poblado en gran parte, explotado y rico. De treinta años acá han recorrido valientes exploradores, y algunos han sucumbido, las áridas regiones del interior de Australia: bien conocidos son los nombres de Eyre, de Gregory, de Burke Wils, de Mac-Donalt-Stuart y otros.»

Acerca de Nueva Zelanda ha publicado Fontpertuis lo siguiente:

«Nada extraña tanto á los europeos, dice Pickering, el sabio etnólogo de la grande expedición de Wilkes,—como las diferencias físicas entre los naturales de la Australia y los de Nueva Zelanda, dos regiones situadas, no obstante, bajo el

mismo paralelo. Altos y bien formados, los neozelandeses tienen los cabellos negros, espesos, en forma de bucles; su su frente es espaciosa y un poco inclinada hacia atrás; la nariz prominente y á veces aguileña; los ojos negros, pequeños y penetrantes; las facciones más duras que las de los otros polinesianos, y más salvajes por las picaduras y pintado. No es menos notable,—añade Pickering,—el cambio de clima y de costumbres. La temperatura es rica, y la flora no contiene sino un corto número de especies intertropicales, aun de las que pertenecen al área polinesiana. El taro no madura allí, y la batata es de reciente introducción. La fauna no ofrece ninguna particularidad característica, y el cerdo, el pato doméstico y el perro son de origen exótico. Aunque tienen largas y fuertes piraguas, los neozelandeses, al contrario de los otros polinesianos, evitan la alta mar. Por el contrario, fortifican sus aldeas, lo que no se ve en ninguna parte de la Polinesia como no sea Tonga-Taboo, que parece haber tomado esta costumbre del archipiélago Jidji. Allí no ha echado raíces ni tiene vigor el sistema de los *clans* y el feudalismo patriarcal á la vez que guerrero. La bravura de esta raza se manifiesta en sus danzas y en sus cantos de guerra. Los palos, las lanzas, los fusiles, vuelan por el aire. La gritería de los bailarines ahuyenta á los ganados y espanta á los espectadores. Sirven de orquesta los alaridos, los gruñidos y los silbidos guturales. Las mujeres se despojan de sus vestidos para agitarse en frenéticas cortorsiones. Los hombres se lanzan á una carrera furiosa, luego se paran, disparan un tiro y vuelven á correr. Esta operación no cesa hasta que ruedan por el suelo extenuados de fatiga.

«Nueva Zelanda ocupa la extremidad meridional de una inmensa porción del área oceánica que los geógrafos designan

con el nombre de Polinesia. Se compone de una gran banda de tierra de 400 leguas de longitud y de 25 á 30 de anchura, que corre de NE. á SO. cortando por el centro el canal de Cook, especie de embudo cuya boca se vuelve hacia el mar y el otro extremo hacia la costa oriental. Abel Tasmán fué el primero de los navegantes que pisó tierra en aquellas playas tan inhospitalarias. Habiéndosele desprendido un bote, que tomó la dirección de la costa, fué apercebido por los naturales, quienes le abordaron al momento, haciéndole zozobrar. Tres hombres de la tripulación fueron echados al mar, y los otros cuatro perecieron asesinados á golpes. Estos hechos tuvieron lugar en la profunda cortadura que se nota en la punta NO. de la isla meridional, sitio que ha tomado el nombre de *Bahía de la matanza*, nombre siniestro y harto común en los archipiélagos oceánicos.

»Con 130 años de intervalo recibía de los neozelandeses una favorable acogida el capitán Marión Dufresne, lo que no impidió que más tarde degollaran la mitad de su tripulación. Furmaux encontró al año siguiente, en las playas, vestigios de canoas, vestidos europeos, y ¡cosa horrible! restos de cadáveres que habían sido asados. Sin embargo, Cook, en su tercer viaje, mantuvo buenas relaciones con los neozelandeses, pero en 1809 diezmaron la tripulación del *Boyd*, que se había entregado, culpable, es verdad, de algunos crímenes; y en 1816 degollaron toda la tripulación del *Agnés*, hecho que no se supo hasta pasados diez años. El año 1826 ancló un barco americano en una bahía de la costa oriental, y los naturales subieron á bordo. Uno de ellos tenía los cabellos rubios, y á través de sus numerosas picaduras y pintado, se descubría la piel de un blanco. El pretendido salvaje no era otro que el mari-

nero Rutherford, el solo superviviente de la catástrofe de 1816, de la que refirió los espantosos episodios. Arrastrado á tierra con otros seis marineros que, como él, no habían sido degollados en el puente del *Agnés*, vió matar á todos sus compañeros unos tras otros, y todavía recordaba, despues de tantos años, las carcajadas y las contorsiones de los insulares durante la matanza. Concluída ésta, abrieron agujeros en el suelo en los cuales encendieron fuego, arrojando en él los cadáveres. Los actores de esta escena, que la pluma se resiste á describir, se habían repartido los papeles. Unos despedazaban los cadáveres, otros iban á lavar los pedazos á un arroyo cercano, y otros los echaban al fuego. Luego comenzó el festín. Mientras los jefes se atracaban de carne, sus hijos se disputaban los huesos medio roídos que les arrojaban. Los restos, mezclados con carne de cerdo y con patatas, sirvieron de regalo á la tribu al día siguiente.

»Los maoris formaban, sin embargo, la raza más sociable quizá de toda la Polinesia. Se familiarizaban muy pronto con las ideas y las costumbres que los inmigrantes europeos les aportaban, y daban pruebas de una curiosidad inteligente en las poblaciones inglesas de Australia que les agrada mucho visitar. Si hablamos de ellos refiriéndonos á tiempos pasados, es porque puede pronosticarse su total extinción para dentro de muy poco tiempo. Para convencerse de ello no hay más que echar una ojeada sobre la estadística siguiente: Cook, en 1769, calculaba en 400,000 el número total de maoris, y ochenta años más tarde se redujo este número á 109,000. En 1858 bajó á 55,000 personas, y en el censo oficial del mes de marzo de 1874 no se habla más que de 43,500. En otros términos, en el intervalo de unos cien años, los indígenas de Nueva Zelandia han

visto disminuir su número cerca de noventa por ciento, desapareciendo en sus luchas con los ingleses.

«El istmo de Auckland, que une la parte N. y la parte S. de Ka-Na, la isla septentrional, fué en otros tiempos la residencia de una tribu poderosa. Los angitivas, en efecto, llegaban á 30,000 en los primeros años de este siglo. En los flancos de los conos volcánicos que habitaban había *pahs*, es decir, aldeas fortificadas, verdaderas plazas cercadas de una doble fila de empalizadas y sus correspondientes fosos. Allí era donde residían los jefes y los ancianos de la tribu, mientras que las grutas de los siervos se extendían en la base de las montañas, abiertas en las mismas tierras que cultivaban. «Allí,—dice el viajero Fernando de Hochstetter,—á quien llevó la fragata austriaca *Novara*, en 1850, al istmo de Auckland, mientras que los ancianos, vestidos con sus mantos de formio y sentados en círculo, hablaban de sus hazañas y de las leyendas de sus abuelos, la juventud del clan se entregaba á sus numerosas diversiones. Las muchachas repetían en coro las canciones conservadas de sus antepasados en Hawaiki primera patria de su raza.

«Hoy, cantos, juegos, ejercicios, todo ha cesado. Los *pahs* subsisten todavía en los flancos de los antiguos volcanes del istmo, pero no existen los maoris. Si el viajero desea encontrar lo que resta de los angitivas, es preciso que penetre en las grutas lávicas del monte Smart, del Wellington y del Hobson, que guardan sus huesos. En el monte Hobson fué donde Mr. de Hochstetter encontró una vieja que se había vuelto loca, y que, como tal, fué desterrada, según costumbre de los habitantes de aquel archipiélago. Aquella desgraciada era uno de los escasos restos de la poderosa tribu del istmo.

«Nuestro viajero tuvo ocasión de visitar á dos de sus grandes jefes, Te-Heuten y Piní-Te-Kore, verdaderos representantes de la antigua aristocracia maori. El primero era un hombre de mediana estatura, más bien débil que robusto, de ojos brillantes y largos cabellos que le caían formando bucles sobre los carrillos imberbes, y pintado el del lado derecho. Vivía con cinco mujeres, y pensaba aumentar su serrallo con otras dos. A su mucha finura reunía las ideas supersticiosas de su raza acerca del poder absoluto de los genios y de los espíritus malos de la tierra, del agua y del aire. En 1846 había perdido á su hermano mayor, Tukino, verdadero gigante que murió como un Titán, aplastado con su familia y parte de su aldea por el derrumbamiento de una montaña. Acordaron hacerle unos grandiosos funerales y llevar sus vestidos y sus armas á la cúspide del Tongariga, cuyo profundo cráter se las tragaría, y cuyas pirámides de escorias volcánicas, elevándose hasta el cielo, le sirvieran de sarcófago. Los conductores del cadáver se pusieron en marcha; pero en el momento que se acercaban á la parte superior del cono, coronado siempre de vapores sulfurosos, se oyó una detonación subterránea. Llenos de espanto, bajaron precipitadamente, abandonando su carga en una piedra aislada. El cadáver de Tukino quedó allí, y la montaña fué declarada *tabú*, es decir sagrada.

«El otro jefe describió á Mr. Hochstetter la manera de combatir de los antiguos maoris. Los beligerantes, colocados en filas de cinco, diez, veinte y hasta cuarenta hombres, hacían alto á unos veinte metros de distancia unos de otros. Llevaban sus armas en la mano derecha, levantaban alternativamente la pierna derecha y luego la izquierda, y prorrumpían en grandes alaridos, que terminaban en prolongados suspiros. Los jefes salían

entonces de las filas para cambiar con el enemigo, como lo hacían los héroes de Homero, insultos y bravatas. Al momento comenzaba la acción, ó más bien una serie de duelos. Concluída ésta, los heridos del partido vencedor eran transportados en camillas fuera del campo de batalla, y los del enemigo insultados y muertos á porrazos. Á los jefes los respetaban por el momento, pero era para hacerles sufrir más tarde horribles tormentos, cortándoles los miembros con sierras hechas de dientes de tiburón, vertiendo en sus heridas goma hirviendo, y cocidiéndolos vivos. El viejo Pini-Te-Kore hablaba con profundo desdén de los mezquinos fusilamientos que han reemplazado hoy á los gloriosos hechos de armas que refería con relación á medio siglo atrás.

«Habitaba los alrededores del lago Taupo, mar interior de 42 kilómetros de longitud por 20 de anchura, y una profundidad que no se ha sondado todavía. El Taupo está á 1,250 metros sobre el nivel del mar, cercado por completo de formaciones volcánicas, entre las que predominan las tracitas y las gigantescas masas de piedra pómez. El sitio, en su conjunto, ofrece un golpe de vista magnífico y raro. El Rangitoto, el Talma, el Titanpiranga, cuya cúspide piramidal se asemeja á las ruinas de un castillo desmantelado, se elevan al NO. á alturas de un millar de metros. La vista se fija al Mediodía en una hilera de pisos volcánicos que dominan el cono anchamente truncado del Ruapalúe. El Tongariga, cuyo cráter parece todavía en actividad, es muy hermoso y extensísimo. El Ngaurahoé, por sus contornos y su disposición general, recuerda el Vesubio rodeado del Somma. Del seno de su cráter se elevan constantemente nubes de vapores blanquecinos, que, inmóviles unas veces, se ciernen sobre la cúspide, é impelidos

otras por la brisa dejan apercibir los sombríos picos de la orilla occidental del Taupo. Esta balsa de agua está sujeta á frecuentes tempestades. Hay momentos en que se parece á un mar furioso. Sus olas de cresta blanquecina se estrellan contra la orilla con un ruido seco y retumbante, muy parecido á la resaca en las costas del Oceano.

«Los indígenas atribuyen esas tempestades al espíritu malo (*Horo Montagnu*), espíritu que en su mitología hace un papel muy activo y predominante. Para apaciguarle le ofrecen continuamente frutas y legumbres, y es probable que en otros tiempos le sacrificasen víctimas humanas, porque ciertos indicios permiten referir al culto, parcialmente al menos, la antropofagia de los neo-zelandeses. Un viajero inglés, que parece ser, al mismo tiempo que un narrador cándido, un observador inteligente, y que escribía en 1857, ha supuesto que los maoris habían abandonado esas prácticas desde aquella época, cualquiera que fuese su origen. Nosotros creemos que Mr. Hursthouse se ha equivocado, puesto que en 1854, un natural llamado *Te-Na*, esforzándose por fundar una religión nueva, le daba precisamente el canibalismo como una de sus bases fundamentales. *Te-Na* pretendía estar en comunicación directa con el ángel Gabriel, quien le había dictado por sí mismo las condiciones de una nueva fe, confiriéndole al propio tiempo el don de los milagros. Por otra parte, el *Pai-Marire*, ó sea el nombre que deba al nuevo credo, se relacionaba en gran parte con las aspiraciones de los maoris en sus odios de raza. La primera manifestación fué el asesinato de un oficial inglés, el capitán Lloyd. Los sectarios no se contentaron con cortarle la cabeza, sino que la pasearon por todos los pueblos, mutilando el cadáver. Pocos meses después, y en corto número, se atrevieron á ata-

car el reducto de Gentry Hill, golpe de mano que debía costarles caro, puesto que perecieron setenta sectarios, entre ellos uno de los colaboradores de *Te-Na*, teniendo un gran número de heridos. El Pai-Marire volverá á aparecer, si estallan nuevas insurrecciones, para imprimirles un carácter más feroz.

¿Qué modo de trasportar preferís?—preguntaban un día á Leopoldo de Buch. El ilustre sabio respondió bruscamente:—¿No sabéis de qué manera debe viajar un geólogo?—Cuando, en 1839, un grupo de emigrantes asentó las bases de la colonia actual de Nueva Zelanda, era imposible viajar de otro modo que á pie. El reverendo James Buller, que fué al país dos años después, y que no ha permanecido en él menos de cuarenta, dice que en aquella época era completamente salvaje, sin un camino, ni un puente, siendo indispensable atravesar pantanos, escalar las montañas de pendientes abruptas, abriendo, cuchillo en mano, el camino á través de las malezas y bajar y remontar las corrientes en las canoas indígenas. Los grandes caminos de entonces eran lossenderos de guerra que surcaban los bosques, por donde marchaban los viajeros á la desbandada, tropezando de cuando en cuando con algún manantial secular, ó detenidos por el gigantesco sarmiento trepador Sapple-Rake. Como único abrigo tenían la gruta del maorí ó la tienda de campaña que cada uno llevaba consigo. Peces y patatas era su constante alimentación. Los que querían azúcar, te, pan y tocino, debían provisionarse al partir, lo mismo que de mantas y tabaco, tanto para su uso personal como para los cambios con los naturales. Hoy ha cambiado todo esto. Existen magníficos caminos, y todos los ríos de alguna importancia se cruzan por sólidos puentes. Hay 1,900 kilómetros de vía férrea, y dentro de pocos años estas

razas cruzarán las dos grandes islas por una red completa de caminos de hierro. Donde no llega todavía la locomotora se encuentran carruajes de varias clases. Los naturales acostumbran á caminar á caballo, y no es raro verlos marchar por grupos.

»Hace cuarenta años, lo que se llamaba una aldea en Nueva Zelanda no era más que la reunión de unas miserables chozas ó tiendas de campaña alineadas á lo largo de montones de inmundicias y de barrizales, á lo que llamaban calles. La colonia tiene hoy diferentes y hermosas poblaciones que reúnen de 20 á 35,000 habitantes, y cuyas calles, bien empedradas y alumbradas con gas, están rodeadas de hermosos edificios, circulando por ellas toda clase de carruajes y tranvías movidos por vapor. Tienen además sus parques y sus jardines. Tampoco han olvidado las necesidades intelectuales de sus habitantes, puesto que hay museos, bibliotecas públicas y un Conservatorio de artes y oficios. Wellington, población de 20,000 habitantes, es la capital administrativa de la isla. Allí tienen su asiento el Gobernador y el Parlamento, compuesto de 45 miembros vitalicios, 75 elegidos, y entre éstos, cuatro maorís. La población más grande y populosa es Duneslín, á la que sigue Auckland, antigua capital de la colonia.

»El crédito público de ésta era, en 1843, tan escaso que en vano se trató de levantar un empréstito en Sidney de 375,000 pesetas al 15 por ciento de interés. Su presupuesto de ingresos, sin embargo, se elevó en 1880 á cerca de 100 millones de pesetas. Su deuda, en cifras redondas, representa unos 675 millones de pesetas, y cuando quiere levantar algún empréstito encuentra en la plaza de Londres dinero al 6 por ciento.

»Con esos 675 millones de deuda se han hecho obras de grande importancia y

duración: 1,900 kilómetros de vía férrea; 13,000 kilómetros de línea telegráfica, numerosos faros en las costas; 814 administraciones de correos en el interior, que distribuyen anualmente 9 millones de cartas, 5 millones de periódicos, 500,000 paquetes de impresos y 116,000 tarjetas postales. Se ha fundado también un importante sistema de instrucción pública, por el que se ha dotado de una escuela á cada localidad, contando ya 928 distritos escolares y 1,893 maestros.

«La deuda pública, por grande que sea su cifra actual, está asegurada por una propiedad territorial y urbana de más de 3,000 millones de pesetas.

«La colonia comenzó por expedir á Inglaterra algunas balas de lino, algunos cargamentos de madera y un corto número de toneladas de patatas. Hoy alcanzan sus exportaciones á 6 millones de libras esterlinas, y sus importaciones á 7 millones, ó sea un total de 13 millones próximamente de libras esterlinas, es decir, 325 millones de pesetas. Alimenta 138,000 caballos, 579,000 bueyes, 13,500,000 carneros; y su exportación en lanas representa un valor de 75 á 100 millones de pesetas. Estas son las cifras arrojadas por el censo de 1878. Aunque existen en las dos islas sitios á propósito para el cultivo de ganados, la del S. ofrece condiciones más favorables. Está atravesada en toda su longitud por una cordillera de montañas que forma, por así decirlo, su columna vertebral, y que destaca á derecha é izquierda poderosos contrafuertes de cimas y pendientes admirablemente poblados de bosques, dejando entre ellos vastas llanuras y ricos pastos, cuya vista recuerda los Alpes, y donde se han establecido algunas colonias alemanas, que han labrado campos de cereales, pudiendo sostener la comparación con las mejores granjas de Inglaterra y de Es-

cocia, según afirma el reverendo Buller.

«La isla del S. posee también minas de carbón; y las provincias de Nelson, de Otago y de Westland encierran grandes depósitos auríferos. Su primer descubrimiento data de 1857, pero no fué bien conocido hasta cuatro años después. Estaban entonces en plena insurrección maorí, y, ello no obstante, acudían de todas partes hombres, mujeres y niños en busca de oro, acudiendo también apresuradamente los mineros desocupados de Australia. Estas riquezas subterráneas han contribuído á aumentar en alto grado la riqueza de las provincias que las contenían. Desde principios de 1857 hasta fines de 1877, es decir, durante un período de 21 años, las minas de la isla del Sur y las de la provincia de Auckland han producido á la exportación por valor de 844 millones de pesetas, dando ocupación á millares de brazos.

«La población de la colonia, sin comprender los maorís, era el 5 de marzo de 1878 de 411,412 habitantes, y hoy alcanza la cifra de 450,000. Esta cifra, hace 30 años, no pasaba de 25,000. El crecimiento que marca el censo de 1878 es casi de ciento por ciento para un período de diez años; pero no ha hecho cesar la gran diferencia que existía anteriormente entre la parte masculina y femenina de la población. Existen todavía hoy 130 hombres para 100 mujeres, diferencia nada favorable para el fomento de la colonia si las nuevas emigraciones no la nivelan. Son muy buscadas, por lo tanto, las mujeres de servicio. Se paga una nodriza á razón de 25 á 50 pesetas por semana; y una lavandera, además de la alimentación, cobra seis pesetas veinticinco céntimos diarios. Las mujeres de todas condiciones, dice á este propósito el reverendo Buller, si tienen buenas costumbres y buen carácter, encuen-

tran aquí más probabilidades de establecerse bien que en la madre patria. Hay más hombres que mujeres, y casi todos los hombres se encuentran en buenas condiciones para casarse.

»Ya no hay tasmanios: los australianos son cada día más raros, y lo mismo sucede con los maorís de Nueva Zelanda. Las islas Marquesas, de 1813 á 1858, han visto descender la cifra de sus naturales de 50,000 á 11,000. En 1778 se calculaba en 300,000 el número de los habitantes de las islas Sandwich, y hoy no alcanza á 70,000. El decrecimiento es más marcado en Tahiti. En 1874 había 240,000 habitantes, y hoy quedan solamente 7,500. Estas son las cifras presentadas por el ilustre naturalista Mr. de Quatrefages; y si es discutible la base fundada en Cook, no lo es en sí mismo el hecho. Uno de los modernos exploradores de Nueva Zelanda nos dice que, en un solo año, la isla Ouen ha perdido 35 habitantes de 130, y la tribu de Balada, una de las más numerosas y de las más potentes antes, estaba reducida hace quince años, á 100 personas, y, cosa extraña, no había en ella ningún joven.

»Esto es patente, es palpable,—exclama Mr. Jules Garnier;—por donde quiera que pasa el europeo muere y desaparece el indígena. Esta opinión no es particular de nuestro explorador: es la de todos los antropólogos que se han ocupado de aquellos lejanos archipiélagos, y de todos los viajeros que los han recorrido. Mr. de Quatrefages y Darwin opinan lo mismo que Mr. de Rochas, Mr. Blaine y los médicos de la marina Viellard y Deplanche, sin que haya entre ellos más diferencia que en la manera de explicar el fenómeno. ¿Hemos de admitir con los pahontólogos un orden fatal de sucesión de razas superiores á las razas inferiores? ¿Hemos de ver en los polinesios los últimos representantes de

una raza rechazada hacia el Ecuador por el enfriamiento terrestre, único punto de la tierra donde pueda todavía vivir una existencia precaria? ¿Hemos de creer, en fin, en la insalubridad del clima polinesio y melanesio?

»Es bien sabido, moralmente hablando, lo que se debe entender por la sustitución de razas superiores. La caza de los australianos y el exterminio gradual de los pielesrojas han dado á esta expresión un sentido tan exacto como terrible. Bajo el punto de vista científico la explicación es muy hipotética. El origen, completamente averiguado ya, de esas poblaciones, es absolutamente incompatible con el segundo sistema; y en cuanto al tercero, los hechos le desautorizan de un modo terminante, puesto que los blancos y los mestizos prosperan en esas mismas islas donde perecen los aborígenes.

»Un hecho positivo y constante es que la llegada á Polinesia de un barco europeo coincide con la aparición de disenterías, fiebres y otras enfermedades entre los insulares. Darwin ha explicado este hecho de una manera muy sencilla, recordando que durante una larga travesía se produce á bordo una masa de miasmas pútridos. Esos miasmas, inofensivos ó poco menos, para las personas acostumbradas á su contacto diario, resultan deletéreos y venenosos para aquellos á quienes sorprende su repentina aparición. La tisis pulmonar, que ejerce allí una acción tan terrible, podía muy bien haber sido importada por los europeos. Así lo creen al menos todos los neocaledonianos, y en apoyo de esta opinión citan el desastre de Koturé, que coincidió con la llegada de los primeros buques de cabotaje ingleses. La afirmación parece bastante plausible á juzgar por la sensación de frío que dicen experimentar á nuestro contacto los tahitianos y los neozelandeses. Se ha averiguado tam-

bién que los primeros exploradores confundieron un mal indígena, el *tonga*, con nuestra sífilis.

«Nosotros hemos pensado distintas veces si, entre las causas de decrecimiento de las poblaciones polinesianas, no debería contarse la impresión de tristeza y de desaliento que han debido causar á razas naturalmente altivas, las empresas de los europeos, su número, su inteligencia, sus pasiones, etc. M. de Quatrefages ha mencionado estas causas, pero sin fijar su atención en ellas. No así Gratiolet, y ciertos hechos referidos por un funcionario inglés, que parecen dar la razón al célebre fisiólogo. M. Malcolm Sproat tomaba posesión, en 1860, en nombre de la Gran Bretaña, de la parte de la isla Vancouver, situada al fondo del estrecho de Juca. En aquel rincón de tierra vivían algunas tribus salvajes pertenecientes á diversas familias, que no hablaban la misma lengua, colocadas seguramente en el último escalón de la humanidad, y á quienes designó M. Sproat con el nombre de *aths*, porque el nombre de todas sus tribus contenía la sílaba *ath*. Los salvajes, por natural instinto, no recibieron bien la llegada de los ingleses, y éstos les obligaron á refugiarse en el interior, lo cual aumentó su disgusto; pero, como se reconocían más débiles, no dieron la menor señal de desagrado, y durante el primer invierno no se portaron mal con los europeos. Trabajaban para éstos á jornal, y con el dinero de sus salarios compraban vestidos, harina, arroz, patatas, vendidas todas estas cosas á precios muy bajos, manifestándose contentos. Pero cuando llegó el segundo invierno, nuestros salvajes, con gran sorpresa de Mr. Sproat, manifestaron disposiciones muy diferentes. La gente joven se había entregado á la bebida de ginebra y ron, los adultos y los ancianos huían de la presencia de los ingleses, se ocultaban en el

fondo de sus grutas, parecía que abrigan siniestras intenciones y en sus fisonomías se pintaba la amenaza. Esta metamorfosis inquietó al principio al residente inglés, pero no tardó mucho en averiguar la verdadera causa. La vista de los ingleses, de sus buques, y de sus máquinas, y el sentimiento de su inferioridad, habían como embrutecido á aquellas pobres gentes, quitándoles toda confianza en sí mismas, todo el respeto de sus tradiciones y de sus usos, aumentado todo ello con una epidemia que causó grandes estragos entre los naturales. En vano había prohibido Mr. Sproat con el mayor rigor la venta de licores fuertes. Los *aths* morían por docenas, víctimas del desaliento y de la estupidez que se apoderó de ellos desde su primer contacto con una raza más privilegiada que la suya.»

Con relación á la Australia, sus exploradores y su colonización, escribe el mismo autor:

«En 1851 se encontraron en el litoral de Australia remos y otros útiles náuticos de origen chino sin duda. Dichos objetos se hallaban á grandes profundidades, y los aluviones que los cubrían eran una prueba incontestable de que se había pasado muchísimo tiempo desde la época en que fueron abandonados.

«Esta circunstancia recordó á los geógrafos que Marco Polo, el gran viajero de la edad media, de quien se burlaron sus contemporáneos y á quien la posteridad ha tenido mucho tiempo por visionario, pero que sin embargo Alejandro Humbolt y la ciencia moderna han justificado por completo; que Marco Polo, decimos, había sospechado la existencia del gran continente insular, que recibió el nombre de Nueva Holanda, llamado en la actualidad Australia.

«En uno de los mapas trazados por él se ve una gran tierra al S.; y esta indicación la debió recoger de los chinos, entre

los cuales permaneció mucho tiempo.

«Sea de esto lo que fuere, se ha atribuído por mucho tiempo el honor del descubrimiento de Australia al holandés Dirk Hartog, quien el 25 de octubre de 1616 tomaba tierra en la punta occidental de la grande isla, que él llamó *Tierra de Endracht*, del nombre del buque que mandaba. Pero, gracias á un ilustrado escritor inglés, saben ya los franceses que fueron ellos los primeros que descubrieron la Australia, y este hecho le ha probado Mr. Major de una manera indiscutible ante la *Sociedad de anticuarios* de Londres, según un mapa del Museo Británico firmado por Oronce Jene de Besanzón, fechado el año 1531.

»Mr. Major ha demostrado igualmente que los portugueses se habían adelantado á los holandeses en las exploraciones australianas. Los títulos de estos descansan en una serie de mapas que llevan el nombre de Juan Rotz, y forman también parte de las colecciones del Museo Británico. Las costas septentrionales y norteoccidentales de Australia están figuradas en dichos mapas de una manera casi exacta, y nuestro Malte-Brun no vacila en creer que los portugueses, arrastrados por el entusiasmo que en ellos produjeran los descubrimientos de Magallanes, habían visitado los puntos septentrionales de Nueva Holanda, y quizá también su parte oriental, que Cook no había hecho á la sazón sino encontrar de nuevo.

»Lo cierto es que en 1605, cuando Quirós salió de los puertos del Perú, descubrió desde luego varias islas del Pacífico, llegando después á una gran tierra que se ha creído ser la costa septentrional ó norteoccidental de Australia, pero que es muy probable sea la isla principal del grupo de las Nuevas Hébridas. El caso es que Quirós refirió su descubrimiento, cualquiera que él haya sido,

á ese gran continente del S. que desde Cristóbal Colón se había convertido en la tesis favorita de los geógrafos como de los viajeros, y que se creía ser un contrapeso necesario á la masa de tierras del otro hemisferio. Hecho este descubrimiento, Quirós, cuyo buque se encontraba en malas condiciones, tomó el partido de volver á América; pero Váez de Torres, que mandaba el segundo buque de la expedición, quiso seguir hasta las Molucas. Durante este trayecto fué cuando, costeando la parte meridional de Nueva Guinea, dió con el estrecho que ha conservado su nombre, viendo que los escollos que acababa de franquear pertenecían á un brazo de mar que separaba Nueva Guinea de Australia.

»Estos hechos han permanecido oscurecidos por mucho tiempo, debiéndose su revelación á interesantes y singulares circunstancias.

»Habiéndose apoderado los ingleses, en 1762 de la isla de Manila, un jefe, Mr. Dalrymple, encontró en la antigua documentación del Gobierno la copia de una carta de Torres que las relataba. El Rey de España, por un sentimiento de desconfianza, se había guardado para sí las informaciones de Torres, omitiendo sólo por negligencia, el almirante inglés, comunicárselas á Cook, quien entraba á su vez en el estrecho de Torres en 1770, y hablaba de él como de una parte de mar en la que *ningún otro marino había penetrado antes que él.*

»No son solamente los franceses, sino también los portugueses y los españoles, quienes han visto la Nueva Holanda antes que los navegantes holandeses; lo cual no impide, sin embargo, que corresponda directamente á éstos el honor de haber sido los primeros en hacer entrar la exploración de Australia en el círculo de la geografía positiva.

»Abel Tasmán dió la vuelta á la gran-

de isla veintisiete años después de Hartog. Reconoció las costas del Oeste y las del Sur, que fueron vistas accidentalmente algunos años antes, y navegando al SE., descubrió una tierra que llamó *tierra de Van Diemen* en honor de Antonio Van Diemen, Gobernador, á la sazón de las Indias neerlandesas y altamente apasionado por las ciencias geográficas.

»Esta denominación había sido aplicada ya á la parte septentrional de Australia por una expedición que fué directamente á Nueva Guinea en 1636. La tierra descubierta por Tasmán no era sino la gran isla triangular, situada en el ángulo suboccidental del continente australiano, y que en nuestros días ha recibido muy acertadamente el nombre de Tasmania. Tasmán sospechó que solamente un estrecho separaba la tierra de Van Diemen del gran continente, pero sin poder adquirir la completa evidencia; estrecho que fué reconocido 155 años después por el inglés Bass.

»Los navegantes no volvieron á los mares del Sur durante el espacio de una centuria, y solamente á mediados del siglo pasado se presentaron en ellos, con extraordinario atrevimiento, Byron, Wallis, Carteret, Bougainville y Cook. Bougainville recorrió el peligroso archipiélago, del que sólo había explorado Wallis una pequeña parte. Tomó tierra en O'Taiti, la isla Sagitaria de Quirós, que Wallis acababa de encontrar nuevamente, y donde sus marineros encontraron tan simpática acogida que la llamaron Nueva Citérea. Encontró el hermoso archipiélago de los Navegantes y el de las Grandes Cíclades, conocidos hoy con el nombre de Grandes Hébridias; y se hubiera adelantado á Cook en Nueva Holanda á no haberle obligado el hambre á volverse al N.; derrotero por el cual y como por compensación, descubrió el

archipiélago, completamente desconocido, de las islas Salomón.

»Cook, hasta 1770, hacia fines de su primer viaje, no tomó tierra en la punta sudoccidental del continente australiano. Dedicó tres meses de una navegación de las más peligrosas á remontar toda la costa oriental hasta el estrecho de Torres, y á nombre de su soberano Jorge III tomó posesión de aquella tierra, bautizándola con el nombre de *New-South-Wales*, ó Nueva Gales del Sur. Precisamente en aquel entonces los hombres de Estado ingleses se manifestaban muy preocupados de la cuestión penitenciaria, y no debían trascurrir diez y ocho años antes de que fuese elegida Nueva Gales del Sur para ensayar en grande escala el sistema de traslación de criminales; cuestión que tantas controversias y tanta diversidad de opiniones ha suscitado entre moralistas, criminalistas y economistas.

»Setecientos sesenta convictos (condenados), varios colonos y pocos militares, mil diez y siete personas, ensuma, desembarcadas por el capitán Arthur Philip, en 16 de junio de 1788, en las playas de Botany-Bay, fueron el origen de esas colonias australianas, que en menos de cien años han llegado á tan notable grado de prosperidad.

»Los progresos de Nueva Gales del Sur, que comprendía en primer lugar toda la parte oriental de la Australia, no ofrecieron al principio nada de excepcional ni de notable. Hasta 1813, la colonización vegetó en el ángulo sudoccidental, y se detuvo como delante de una barrera infranqueable al pie de las montañas Azules. Vistas de lejos estas montañas, no parecen más que una línea de humildes colinas, distinguiéndose apenas del suelo; pero en realidad alcanzan una altura de 900 á 1,000 metros, y oponen al viajero que quiere franquearlas,

rocas abruptas, profundas hendiduras y pasos confusos, que los indígenas, por otra parte, se niegan á indicar.

«Cuando un colono, Mr. Evans, hubo franqueado el paso Kangerou, que se abre casi en línea recta delante del puerto de Jackson, los desmontes se extendían en la planicie de Bathurst, y más allá, ramificándose al E. por los valles del Murrumbidge, del Lachlán y del Darling.

«La opinión general era entonces que el centro de Australia estaba ocupado por un mar interior. La expedición de Sturt, que se remonta á 1829, la hizo poco probable, demostrando que aquellas tres corrientes de agua iban á engrosar el Murray, río tributario, á su vez, de la bahía Encounter, y recipiente, aparte del Macquaria, que se pierde en vastos pantanos, de las aguas de la vertiente occidental de las montañas Azules.

«Sturt descendió el Murray por espacio de treinta días, llegando hasta la Alejandrina, que solamente una barra de arena separa del mar, del que mira el viajero agitarse las olas á lo lejos. Las márgenes de esta laguna ofrecían pastos magníficos y tierras á propósito para el cultivo de cereales. Como Sturt tenía muy pocas provisiones, se vió obligado á pensar en la vuelta, cosa que no pudo realizar sino á costa de grandes fatigas é inmensas privaciones.

«No se pasaron muchos años sin que la exploración del valle del bajo Murray y de las llanuras que se extienden entre este río y el golfo Spencer, diese origen á la colonia Adelaida, rica en vinos y en cereales. Acudieron allí los europeos y fundaron estaciones pastoriles, pueblos, y hasta ciudades, uniendo la Nueva Gales del Sur con la Australia meridional.

«Desde aquel momento una doble preocupación se apoderó de la mente de los colonos, y fué la de buscar una comuni-

cación con el Oeste, y los del Este una salida hacia el Norte. Creyeron éstos de momento que habían de encontrarla en algún gran curso de agua, y soñaron hacer de esta vía fluvial la travesía entre Sydney y el mar de las Molucas, que tan peligrosa hacían el estrecho de Torres y la «gran barrera de coral».

«John Eyre se engolfó en 1808 en el oeste, exploró la tierra de Nuyter, y reconoció que, en una extensión de un millar de kilómetros lo menos, esta región no es más que una serie de llanuras áridas impregnadas de sal y sin puerto ni abrigo alguno en la costa. En los dos siguientes descubrió las dos grandes depresiones que han recibido los nombres de *lago Torrens* y de *lago Eyre*, mientras que cuatro años más tarde el veterano Sturt partía de Adelaida, capital de la Australia meridional, llegando el 8 de setiembre de 1815, después de un viaje cuyas fatigas y peligros rayan en lo dramático, á este lado del trópico de Capricornio, es decir, á una distancia casi igual de la costa del S., de la costa del N. y de la costa del E., sin poder pasar las áridas y escuetas llanuras en medio de las cuales se encontraba.

«En 1848, por fin, un joven prusiano, que había intentado en 1844, á petición del Gobernador de Nueva Gales del Sur, sir George Gipps, cortar el continente del SE. al NO. en una longitud de más de 3,000 kilómetros. Leichhardt partió con el propósito, esta vez, de efectuar la travesía completa de Australia en su mayor anchura, entre el 27 y el 32 paralelos Sur.

«En efecto: se puso en camino desde el comienzo de este año, dando en abril noticias de su expedición. Luego no se ha sabido más de él, y solamente diez años más tarde creyó Gregori haber encontrado su rastro cerca del río Victoria.

«*Primo avulso non deficit alter.* Estas

palabras encierran una gran verdad tratándose de los exploradores, raza valiente y aguerrida, á la que ninguna catástrofe espanta, ningún obstáculo arredra, ni desalienta ninguna decepción. Ni la suerte de Leichhardt, ni la de Kennedy, que pereció el mismo año, herido de muerte por una flecha de los indígenas de la bahía de Carpentaria, impidieron á los hermanos Gregory, Roe, Austin, Babbage y Morton reconocer, durante los doce años siguientes, los desiertos del centro, del Este y del Oeste.

»Por falta de espacio nos vemos obligados á no hacer más que indicar sus expediciones, para llegar á la primera travesía del continente australiano, efectuada en 1860-61 por Tomás O'Hara Burke, irlandés y antiguo voluntario al servicio de Australia, donde ocupaba un puesto de inspector de policía cuando la Sociedad real de Melbourne le encargó de llegar á la Carpentaria pasando por el mismo centro del continente.

»Esta triste historia es harto conocida. Burke y sus compañeros Brohé, Wills y King, salieron el 20 de agosto de 1860 del Melbourne; y después de haber permanecido algunas semanas en la casa de campo de Menindic, última estación entonces del Darling, entraron el 20 de noviembre en el valle del Cooper. Burke estableció allí un depósito en las márgenes del río, y, en la esperanza de encontrar un camino intermedio entre los que habían seguido Sturt y Gregory, avanzó en dirección Noroeste.

»Después de haber recorrido sólo una distancia de 140 kilómetros por un terreno pedregoso, y sin encontrar una sola gota de agua, se vió precisado á volver al depósito.

»Las violentas tempestades que estallaron de pronto, acompañadas de abundantes lluvias, le sugirieron la idea de avanzar hacia el N. Brahé se quedó en

el fuerte Wills con orden de permanecer allí tres meses por lo menos, ó más si se lo permitían los víveres, manteniéndose mientras fuera posible en comunicación con el Darling y la estación Menindic, mientras que Burke, acompañado de Wills, de Gray, y un antiguo soldado, llamado King, marchaban adelante.

»Nuestros exploradores entraban en el desierto pedregoso hacia fines de diciembre. Allí fué donde Sturt había pasado seis meses en la situación más aflictiva cuando su segunda exploración, y donde había perecido su teniente Mr. Poole.

»Es indecible lo que sufrieron todos de hambre, sed, calor y escorbuto. El termómetro marcaba 68°, y se vieron obligados á abrir una cueva bajo tierra. La madera y los cuernos se abrían en mil grietas; las uñas se quebraban como el cristal. Los perros no podían andar cuatro pasos sobre aquel suelo ardiente sin que se les cayera la piel de las patas.

»Burke y sus compañeros franquearon aquella región sin dificultad. No les faltó agua, ni vieron la misma esterilidad, ni el mismo aspecto de desolación y de horror. Este fenómeno, en apariencia extraño, tiene una explicación muy sencilla. Aquella parte del continente australiano está sujeta á sequías persistentes y á lluvias torrenciales que alteran su fisonomía.

»Las lluvias trasforman las llanuras, antes infecundas, en campos floridos y llenos de exuberante vegetación; y la sequía, á su vez, cambia las partes inundadas en desiertos absolutamente áridos.

»El paisaje se trasformaba á medida que los viajeros avanzaban hacia el N. El terreno se hacía ligeramente ondulante; se veían grupos de árboles al lado de riquísimos pastos; corrían los arroyos por entre las matas y las altas yerbas; grandes bandadas de palomas, patos, y abutardas, dirigían el vuelo hacia el

oriente. Se caracterizaban los bordes del mar, el lecho del río se iba ensanchando, los pantanos más numerosos, y las palmeras balanceaban al viento sus verdes copas.

»El 17 de febrero vieron los pantanos invadidos por el flujo. Burke y Wills continuaron su marcha hacia el Norte; pero una llanura arcillosa, inundada de agua y cubierta de espesos matorrales, les cerró el paso del camino del Oceano, cuya proximidad les indicaban ciertos irrecusables signos.

»Fué preciso pensar en volverse, y así se decidió; pero, de los cuatro compañeros, sólo uno debía volver á Melbourne. El primero que murió fué Gray. Le siguió Burke pocos días después, tocándole el último turno á Wills. King fué recogido por una familia de indígenas, á quienes conmovió su infortunio, cuidándole con el mayor esmero en una de sus mejores chozas, y dándole su mejor harina. Un colono, Mr. Howitt, explorador también de Australia, le recogió el 13 de setiembre de 1862, sabiendo de su boca los tristes detalles de la muerte de sus compañeros.

»Mr. Howitt, por indicaciones de los indígenas y de King, recogió los restos de Burke y de Wills, y los inhumó en una fosa abierta en los mismos lugares. Más tarde fueron trasladados á Melbourne, en medio de un concurso de población que no bajaría de 40.000 personas.

»Mientras que la expedición de Burke había tenido un fin tan desastroso, un Bushman experimentado, un veterano de las exploraciones australianas, conseguía un éxito más feliz. John Mac Donall Stuart había acompañado á Sturt en su última expedición, franqueando en 1858 la región del Torreno. Su último plan consistía en tomar cinco ó seis grados más al Oeste que Burke, marchando como él hacia el centro de la isla, y, alcanzando

este punto, elegir para dirección ulterior el golfo de Carpentaria ó la tierra de Arnheim que bordea sus márgenes occidentales.

»Stuart partió de Adelaida en el mes de marzo de 1860, acompañado de dos amigos, y al cabo de siete semanas había ganado el punto central del continente, donde levantó una pirámide hecha con piedras, colocando en la cúspide la bandera de San Jorge. Había llegado al grado 19 de latitud, recorriendo 2,600 kilómetros, y sólo le separaban unos 400 de las orillas del Carpentaria, cuando las tribus indígenas le cortaron el camino, obligándole á volverse á Adelaida. No debía permanecer mucho tiempo en este punto, porque en abril del año siguiente volvemos á encontrar á nuestro atrevido viajero en el terreno mismo de la agresión de que fué víctima anteriormente. Tampoco en esta ocasión pudo llevar á cabo su ruda empresa. Llegado á los 18° 25' 40" debió desandar lo andado, porque los caballos no habían bebido durante 106 horas, ni sus hombres podían ya resistir más.

»Stuart vuelve por segunda vez á su punto de partida. Tantas fatigas y privaciones debilitaron extraordinariamente su organismo, pero no su valor y su indomable voluntad. Apénas de regreso, ocupóse en reorganizar su gente, agregándose como principal colaborador á M. Waterhouse, naturalista instruído, y poniéndose nuevamente en marcha en noviembre de 1861. Los viajeros se encontraban á fines de marzo de 1862, en el mismo sitio en que veinte meses antes estuvieron á punto de perecer, viéndose obligado á volver atrás.

»Otra vez encontró delante de sí vastos y arenosos espacios y zarzales impenetrables, que le impidieron marchar directamente al norte resolviendo dirigirse al noroeste. Al principio encontra-

ron magníficas praderas, bosques vírgenes, donde se albergaba una tribu de indígenas, hombres altos y bien formados, quienes mantuvieron buenas relaciones con los viajeros.

»No tardaron éstos en abandonar sus exploraciones al Noroeste, y, tomando su primera dirección, fueron bastante afortunados para llegar á una región de vegetación fertilísima, sembrada de charcos profundos y regada por un riachuelo. A esta región sucedía una zona de matorrales, y luego anchas llanuras formadas de aluviones negruzcos, casi sumergidos en el agua. A la izquierda se extendían dilatadas mesetas una región basáltica, llena por completo de palmeras, pinos y bambúes, y cruzada por otro riachuelo, el río Adelaida, cuyos orígenes alcanzó Stuart el 10 de julio, y desde donde pudo descubrir, con una satisfacción difícil de pintar, indicios claros de la proximidad del Océano.

»El 24 de julio, acompañado de dos de sus amigos, Thring y Auld, marchaba por un terreno ligero, pedregoso, de superficie muy esponjosa, cercado de rocas volcánicas que emergían de llanuras de aluvión de color negruzco. Los árboles eran cada vez más pequeños, fenómeno propio de las costas marinas. Los tres compañeros, después de una marcha de 12 kilómetros, entraron en un espacioso valle tapizado de elevadas yerbas. Por el lado opuesto se alzaba una línea espesa de copudos árboles, bordeando la playa, oyéndose ya el murmullo de las olas. Stuart hizo detener en aquel momento los caballos, avanzó un poco, y pudo contemplar las olas del Pacífico desenvolviéndose en el golfo de Van Diemen. Llamó á sus compañeros, quienes á la vista del mar se precipitaron á la playa, prorrumpiendo en frenéticas exclamaciones.

»Al día siguiente volvió á emprender

el camino de Adelaida. Su salud estaba quebrantada, y muchas veces abrigaron sus compañeros al temor de perderle en el camino.

»Dudo que pueda irse más lejos,—escribía él mismo con fecha 10 de setiembre.—Si me sucede alguna desgracia la soportaré con resignación. Todos los días escribo mis notas, de suerte que no podrán existir dudas sobre los resultados de mi viaje.» Algunos días después añadía que «su cuerpo no era sino un esqueleto, y sus fuerzas las de un niño.»

»Llegó, sin embargo, á Adelaida, donde su entrada fué un verdadero triunfo. Veinte mil colonos salieron á su encuentro. Más tarde vinieron las recompensas del gobierno colonial, la gran medalla de oro, y la honrosa mención de las sociedades de geografía de Londres y de París.

»Stuart murió el 5 de junio de 1867 en Nottingham-Hill.

»Su indomable perseverancia y su temeridad invencible no se notan solamente en sus actos, sino también en sus palabras. Obligado á batirse en retirada delante de los indígenas, exclama: «Si solamente mi vida debiera ser la sacrificada, me consideraría dichoso de morir por la solución del problema que me he propuesto.»

»Stuart fué hombre de gran carácter. No busquemos en él las condiciones de Mungo Park, Humboldt, Jacquemont, Livingstone y Schlagtenweit. Solamente el amor á la ciencia ha llevado á estos hombres ilustres á las regiones equinociales del antiguo y nuevo continente, á las cúspides del Himalaya y á las llanuras del Asia central. El viajero John Mac Donall Stuart no es más que el tipo de esos anglosajones, á quienes lleva la pasión ó la manía á descubrir terrenos al través de las soledades de los bosques vírgenes.

»Para completar este bosquejo de las exploraciones australianas, debemos mencionar los nombres de Landsborough, Mackinlay, Warburton, John Forrest y Federico Muller. Los dos primeros habían recibido de los gobiernos locales la misión de buscar el rastro de Burke si no era ya posible socorrerle.

»Después de salir del Carpentaria, Mr. Landsboroug exploró el valle del Cooper y volvió á Melbourne tras un viaje muy fructífero para la ciencia, pero sin haber sabido nada sobre la suerte del infortunado viajero que no hubiera ya divulgado Mr. Howit.

»Mr. Mac-Kinlay hizo el mismo trayecto en sentido inverso. Seis semanas después de su partida entraba en el desierto pedregoso, donde estuvo á punto de morir Stuart, y donde á él le faltó poco para ahogarse. El 29 de marzo de 1862 llegó al río Leichhardt, donde pudo ver distintamente el flujo y reflujo de la marea. Los pantanos impenetrables no le permitieron llegar á la costa, y tuvo que regresar á Melbourne con toda su comitiva en el más triste estado.

»Mr. Warburton se internó en 1873-74 por las soledades de la Australia occidental, escapando difícilmente de una muerte horrible. Había recorrido 1,200 kilómetros sin encontrar más que llanuras áridas y estériles.

»Mr. John Forrest se dirigió, por el contrario, del Oeste al Este, atravesando el desierto en su parte más ancha, yendo á alcanzar, después de haber recorrido 3,200 kilómetros, la línea del telégrafo trascontinental, siguiendo casi el itinerario de Stuard. Partió de Melbourne para ir á Port-Darwin y ganar la línea submarina de Java y de las Indias.

»Este conjunto de exploraciones ha resuelto varios problemas, indefinibles durante mucho tiempo. Se sabe, sin que que quepa ya la menor duda, que el in-

terior del continente australiano no contiene otro Caspio; y hace muy pocos años que se creía estar igualmente seguro de que no había en él grandes lagos. Pero en 1878 se anunció que en la colonia de Queensland, en los límites de la Australia meridional y hácia el 25° paralelo Sur, se había descubierto un verdadero lago compuesto de varias balsas de agua muy extensas.

»Colinas de una altura de quinientos á seiscientos metros constituyen el sistema orográfico de Australia. Cursos de agua que los calores secan, y estepas que las lluvias cambian en pantanos, son su hidrografía.

»La vegetación varía con relación á las zonas. La región del Sur ofrece, por lo general, terrenos de naturaleza salina. La región central tiene árboles gomeros en sus cortaduras, y una yerba bastante fina en los llanos. Por último, en la zona septentrional, los valles están cubiertos de vegetación. El algodónero y la caña de azúcar crecen allí espontáneamente.

»Bajo el punto de vista geográfico, se puede decir que no se conoce todavía más que una cuarta parte de la Australia. Las costas, salvo algunas lagunas, han sido bien exploradas; pero respecto del interior no se ha levantado realmente el mapa más que en la zona oriental, la región Sudeste y una pequeña parte del Sud-oeste. El verdadero Oeste está todavía en blanco.

»A principios de este siglo hubiera sido una temeridad predecir el vuelo que iban á tomar las colonias australianas. Nada indicaba entonces que Australia había de sustraerse un día á la suerte común de las colonias penales y repudiar la pesada herencia de los primeros habitantes de Botany-Bay.

»Ni los colonos libres que habían desembarcado al mismo tiempo que éstos, ni los funcionarios y los militares retira-

dos, que se fijaron ulteriormente en la isla, podían formar un núcleo suficiente de colonización. En cuanto á los penados, la idea de que trasportados más allá de los mares podían hacerse hombres de bien, no pasaba de ser una idea generosa, pero que en el terreno práctico no podía dar los resultados apetecidos. Aquellos condenados, es verdad, por interés propio, y bajo el imperio de una disciplina inexorable, construyeron algunas cabañas y trabajaron algunas tierras; mas ni ellos ni muchos de sus hijos fueron honrados, activos ó industriosos. Con frecuencia recompensaban con el robo y con el asesinato á los colonos que los habían recogido, haciendo indispensable que se los encadenara nuevamente, obligándolos á un trabajo forzoso.

»Su impuro contacto ahuyentó la emigración voluntaria, faltaron los brazos al cultivo, y languideció, por lo tanto, la producción. A duras penas, en el espacio de veinticinco á treinta años, se crearon algunas casas de campo, situadas á grandes distancias unas de otras, en la inmensa franja de tierra que se extiende desde Sydney hasta las montañas Azules.

»La colonia vivió con estos recursos, apenas suficientes para su alimentación, junto con los aportes de la madre patria, y el comercio á que dieron lugar dichos aportes.

»Es que el agente principal de la producción no es el capital, á pesar de su fecundidad; no son las máquinas, á pesar de su potencia; sino el hombre moral, conjunto de cualidades tan numerosas como escogidas.

»Hé aquí una tierra cuyas partes fértiles aventajan en superficie á Inglaterra, Francia y Alemania reunidas; tierra generosa, cuyas llanuras están entrecortadas por cañadas, y cuyas costas ofrecen bahías numerosas, vastas y seguras. Esta tierra cae en manos de una raza eminente-

mente colonizadora; de un gobierno que sabe respetar la iniciativa individual, y que, en caso de necesidad, la estimularía antes que cohibirla, con una centralización abrumadora y estéril.

»¿En qué consistió, pues, la paralización de los primeros esfuerzos de la colonización australiana? No fué la timidez de los colonos, lo repetimos, porque el inglés, donde quiera que va, lleva consigo sus garantías legales, de que tan celoso se muestra en su suelo natal. No fueron tampoco los reglamentos tiránicos ó pueriles, que cohiben toda actividad, todo vigor. No: fué la elección de los emigrantes, población degradada, huésped de los presidios, que había perdido el gusto como también la noción del trabajo.

»El capitán Mac Arthur reconocerá un día que la atmósfera y las plantas australianas convienen admirablemente á la producción de la lana: entonces se franquearán las montañas Azules, y se extenderá la industria pastoril á lo largo de las corrientes de agua que descienden de su vertiente oriental. Entonces también acudirán los emigrantes europeos; pero un gobernador que ha roto con las tradiciones de 1788, sir Thomas Brisbane, no lo acogerá sino previo examen de sus antecedentes, trazando entre ellos y los de origen sospechoso, una línea de demarcación.

»El 2 de mayo de 1851, y por un singular hallazgo, el día siguiente á aquel en que se abrió la primera exposición universal, supo Europa que se habían descubierto ricos yacimientos auríferos en las montañas Azules y en los Alpes australianos; descubrimientos que arrasaron una nueva y numerosa emigración hacia la isla. Los habitantes de Sydney y de Melbourne cierran sus casas y sus tiendas y se van en numerosos grupos á las minas de oro. No obstante,